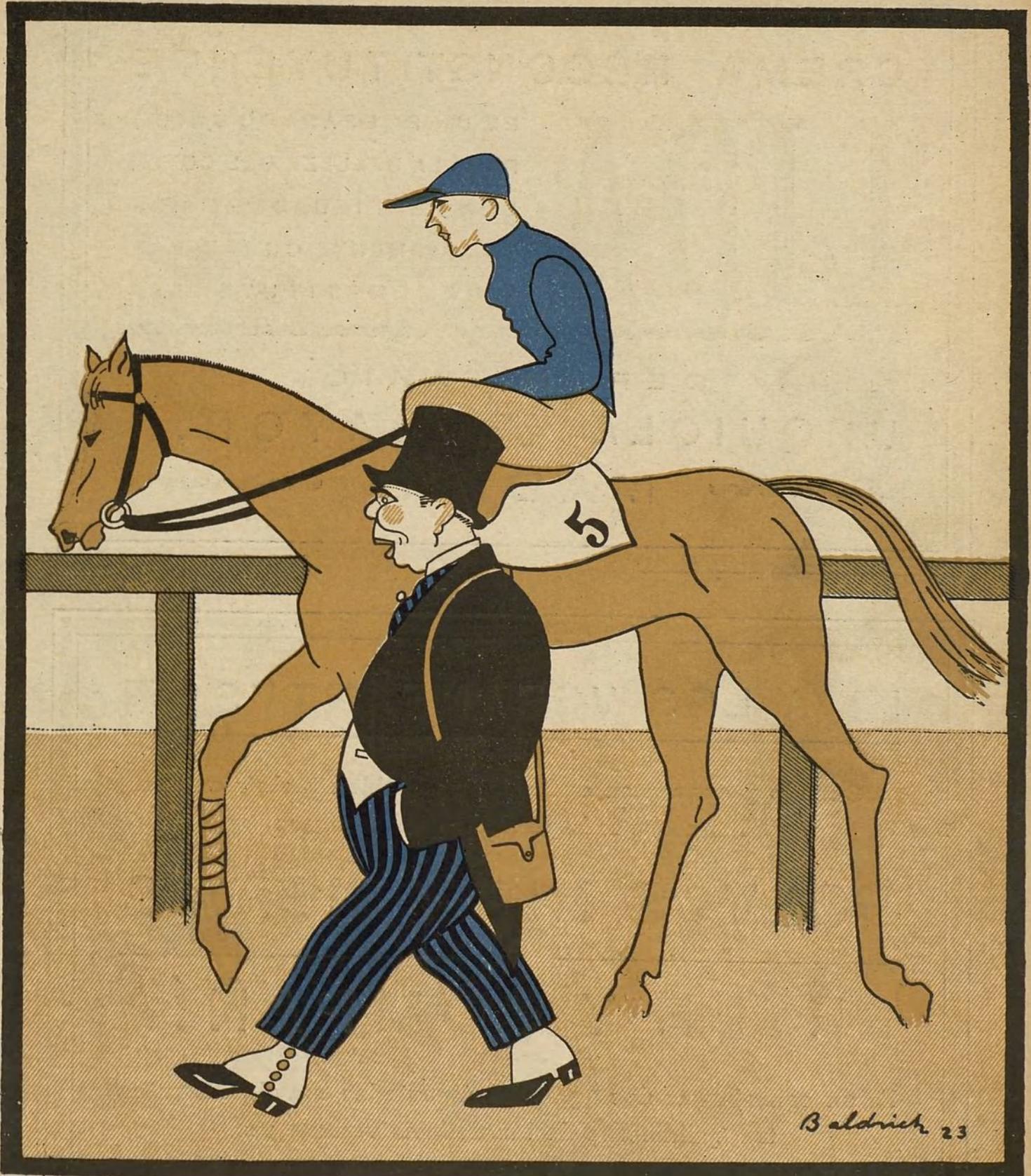


BUEN HUMOR

40 Céntimos



— Chico, jeres el as!
— No, señor marqués, soy el 5.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. BALDRICH. — Barcelona.

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES



DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID 

 **A LOS VERANEANTES** 

Cuando preparen su equipaje, no olviden incluir entre
las cosas indispensables los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

Es un consejo que nos agradecerán ustedes cuando disfruten
tranquilamente de las delicias veraniegas.

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al número 85

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

11. — Un oficio.

- ¿De modo que te ganaste un *tercia-cuarta* en inglés?
- Sí; pero no llevo *cuarta-prima* la Gramática, como tú, que eres un adán.
- En cambio, tú te haces *dos-dos* en cuanto te moja la oreja el más pequeño de la clase.
- ¡A ti sí que te carda el chico del *todo*!

12. — Árbol.

CERO 501000 CERO

13. — Ave de África.

- Haces mucho el *tercia* a esa amiga de tu hermana, Pepito.
- A *prima-prima* no la parece tan mal...
- Si; pero con esa *dos-prima* de almendro le has estropeado el sombrero.
- Le he dado todo género de explicaciones.
- Conformes. Ahora bien: que la pluma de *todo* quedó hecha trizas.



— ¿Para qué hace usted ese viaje a Viena? ¡Le va a costar una barbaridad!

— Iré a ver al doctor Steinach para que me restaure, y volveré con billete de niño.

(De Lustige Blätter, de Berlín.)



JUNIOR PARTNER (director de la casa, que vuelve de los funerales de su socio). — ¡Oh, me parece un delicadísimo rasgo poner esos crespones negros!

MISTER JENKINS. — No son crespones, señor. Son las toallas de los empleados.

(De The Humorist, de Londres.)

14. — De Segovia.

PI NOTA ACETILENO SIN LLO
S

15. — De pura geometría.

NOD GUIISO RIZA

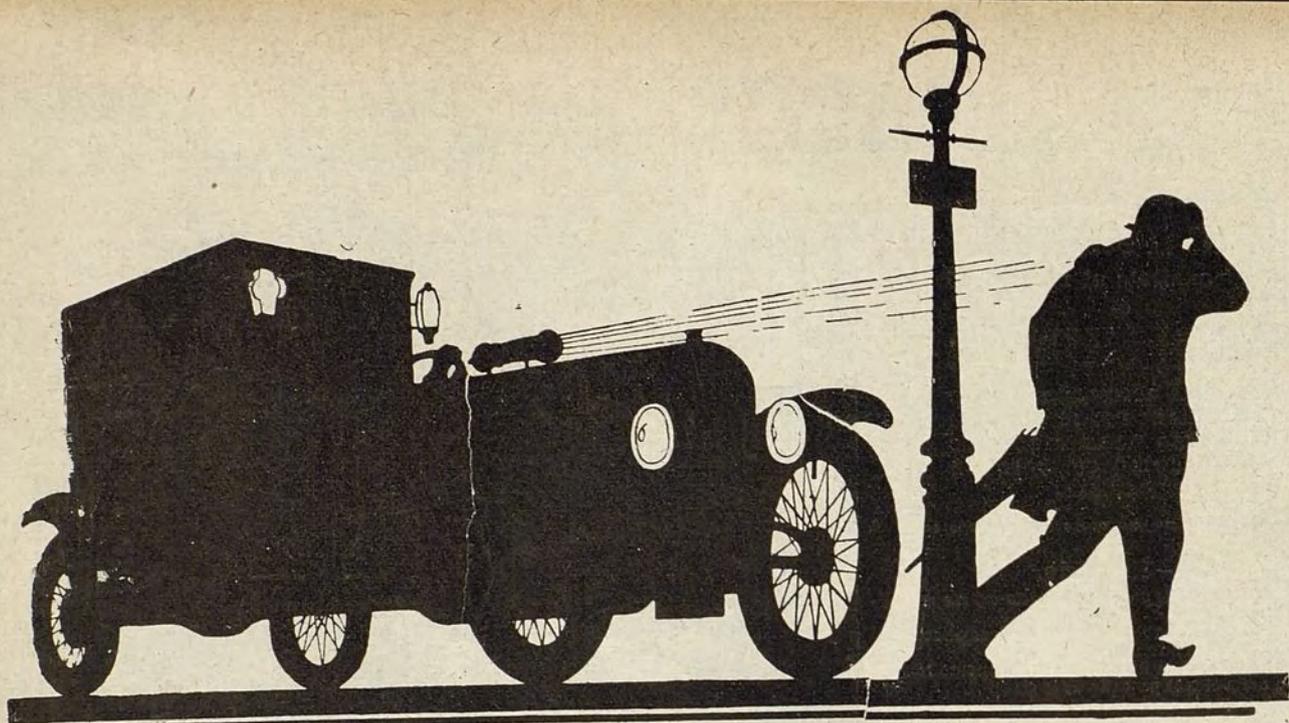
16. — Apellido

- Trae la *tercia-prima*.
- ¡No me da la real ganal! Luego te ríes de mi *dos-prima*.
- El que se ríe es *prima-tercia*. Pero no hagas caso, es un chiquillo. En cambio, te presta su *tercia-dos* siempre que tú lo necesitas.
- Si; pero tú no sabes que ese *tercia-dos* no es suyo. Es del señor *todo*.

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 83.

CUPÓN NÚM. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de julio.



LA BOCINA DE UN VEHICULO.....

avisa... y muchas veces molesta. Pide que se le ceda el paso, y, por imperativa y peligrosa, se le complace... ¿Por qué no hacer lo mismo

cuando el cabello que todos los días se lleva el peine, avisa insistentemente que se corre el peligro de una calvicie o canicie prematuras?

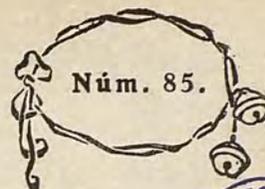


PETRÓLEO GAL

Es una loción antiséptica de tocador. Limpia perfectamente la cabeza de caspa y contiene la caída del pelo. Su perfume es fresco y agradable. Proporciona vigor y flexibilidad al cabello, facilitando el peinado. Retarda la aparición de las canas. El Laboratorio

Municipal de Madrid certificó su inocuidad en 1899. El Congreso de Sanidad Civil, celebrado en Madrid en 1919, lo premió por considerarlo el mejor preparado entre los de su clase. Veinticinco años de popularidad son la mejor garantía de su eficacia.

FRASCO, 2,50 EN TODA ESPAÑA



EL PERRO POLICÍA



MIRELE usted atentamente, lector.

Afiladas orejas, hocico agudo, ojos vivos y ágiles, pelo de tonos grises muy variados y revueltos... Pues, sin embargo, el tabernero

Eugenio (el señor Eugenio más bien) dice que no es policía, que cuando más puede que sea un aspirante sin plaza.

Esta afirmación del tabernero causa verdaderos estragos mentales en don Amancio.

Don Amancio compró el perro después de haber trepado hasta la copa por el árbol genealógico de la familia, apartando ramas, examinando esquejes y comprobando que el más modesto allegado del animalito podría ser comisario de cualquier brigada móvil.

En efecto: el perro está siempre en acecho (o lo parece), muy quieto, con la mirada fija y la cabeza ligeramente alzada...

Don Amancio a esta actitud le da el nombre de pesquisas policíacas, y sigue con atención suprema todos los movimientos, hasta tal punto, que cuando el animal se fija atentamente en algún ciudadano, don Amancio tiene que reprimir el impulso de gritar: «¡A ésel, ja ésel!»

Comprenderá usted lo mal que le cae la mortificante opinión del tabernero. Este hombre sin principios va a volverle loco.

Vienen sudorosos y a pleno sol de visitar a un veterinario. Ha examinado al perro; le ha mirado los dientes, las uñas, el paladar; le ha pulsado, ha simulado en su presencia el timo de las limosnas, y, por último, ha certificado que es un policía tan legítimo, que puede inspirarle innovaciones policíacas al mismísimo don Mi... ¡Detente pluma!

Pues ahí lo tiene usted de regreso y afirmando que el perro es un chucho... ¡(Dios nos

dé paciencia!) y que los veterinarios no saben una palabra. ¿Lo sabrán en la Mallorquina?

La despedida no fué muy cordial. Al retirarse don Amancio con *Comisario* (el nombre del perro cuya pureza de sangre se litigaba), aun le lanzó a la cara, como un pelotazo, esta recomendación mortificante el testarudo señor Eugenio... «Y cómprese una lupa para distinguir un policía de un guardia urbano.»

Don Amancio estuvo a punto de volver y convertir al tabernero en un montón de bicarbonato. ¡Insolente!



Don Amancio frecuentaba la tertulia de cierto café, y a ella se dirigía todas



las noches y de ella volvía casi de madrugada.

La esposa, al verle salir, siempre le hacía la misma advertencia: «¡Por Dios, Amancio, ten cuidado, que este Madrid por la noche es un avispero de ladrones!»

«¡Llevo al perro!», contestaba el esposo, dibujándose en sus labios una encantadora sonrisa.

Y, en efecto, allí iba *Comisario*, sujeto al extremo de una cadena casi tan gruesa como la que don Amancio usaba para el reloj cruzando e iluminando con sus áureos destellos la región epigástrica de nuestro amigo.

Pero, ¡ay!, que una noche en que el ruido del viento y la lluvia se unieron para dar un pavoroso concierto, derribando árboles y faroles, despertando

con sus asustantes bramidos a los que dormían — menos a los serenos, que roncaban municipalmente en los portales —, don Amancio distinguió unas sombras que se le venían encima..., a poco un silbido..., y a poco un formidable puñetazo sobre el ojo izquierdo, tan duro y tan enérgico, que por un momento creyó que algún magnate de los que rodean la plaza de Oriente había saltado de su pedestal con ánimo de hacerse boxeador.

Don Amancio se llevó con presteza la mano al ojo maltratado, que semejaba el ovoide de una carbonería, y haciéndose atrás gritó vengativo: «¡Te has caído, don Favi! ¡Ahora vas a ver lo que es bueno!» Y desatando a *Comisario*, que ladraba impaciente, se preparó a luchar con el otro malandrín, que supuso que fuera don Pelayo...



¿Qué ocurrió luego? No lo pudo explicar don Amancio.

Sólo sintió como si le descargaran un volquete lleno de piedras sobre la cabeza..., y luego, nada...

Dib. SILENO. — Madrid.

El frío de la noche y la lluvia le sirvieron de antiespasmódico, y lentamente se incorporó a la vida real.

No estaba herido; pero sí en calzoncillos, en camiseta y solo.

Lanzó una mirada en derredor para contar el número de cadáveres... Nada... ¿Sería posible que *Comisario* no hubiera partido en rodajas a ningún enemigo?... ¡Era extraño!

Intentó levantarse; pero los pétreos monarcas habían descargado sus reales manos y pies tan a conciencia sobre don Amancio, que apenas si podía moverse.

Tuvo miedo... Temió que le robaran los calzoncillos, y llamó..., llamó muchas veces a *Comisario*... ¡Nada!... Silbó con rara energía de locomotora... ¡Nadiel!...

Voces y silbidos rasgaban las sombras, que cerraban rápidas sus desgarrones para envolverle en mayor silencio angustioso... La tormenta había pasado.

Los objetos húmedos despedían mil débiles reflejos, que a don Amancio se le antojaban miradas de lobos hambrientos y furiosos unas veces..., otras puñales afilados que pronto caerían sobre su helado cuerpo hundiéndose hasta la empuñadura..., y sintió un pánico sin límites. De pronto, por entre el torbellino de tantos ojos de chacales y de tantas hojas aceradas, la figura de un hombre avanzó hacia él.

Ya estaba cerca, ya se inclinaba ante sus desnudeces, y, poniéndole una mano sobre el hombro, lo envolvía en una carcajada tan humillante, que le hizo sudar de vergüenza.

— ¿Está usted en Mondariz tomando aguas? — preguntaba festivo.

¡Era el señor Eugenio!... ¡El tabernero!...

Para qué describir la grotesca figura de don Amancio caminando en paños menores y conducido casi en volandas por su vecino.

Lo verdaderamente importante era la acusación que sobre su perro lanzó para sus adentros don Amancio, y tan de punto subía el íntimo comentario, que sus últimas palabras fueron voces de rabia dolorosa:

— ¡Chucho, chucho! ¡Y cien veces chucho!

— Vamos, ¿está usted ya convencido? ¡Parece que el chaparrón le ha vuelto a la sensatez! — argumentaba el tabernero.

— Sí, señor, sí — repetía don Amancio casi a voces —; acepto y refuerzo sus opiniones, y se lo diré en cuanto le vea. ¡Hijo de padres desconocidos! ¡Robarme casi ante sus ojos! ¡Golpearme sin que él viniera a defenderme! ¡Dejarme más solo que un botijo en el balcón!

— ¡Eh, eh, eh!... ¡Alto! — atajó el tabernero —. ¿Pero el perro venía con usted? ¡Pues modifíco mis conclusiones! ¡No podemos dudar! ¡Es policía!...

RAFAEL CALVO RUIZ

UN FERROZ PEDAGOGO

Un verdadero pedagogo es algo más terrible que un terrible demagogo.

El demagogo no comete atentados casi nunca; pero el pedagogo actúa de un modo descarado sobre tiernas víctimas.

El pedagogo más eficaz es aquel que tiene en vez de método una máquina de insuflar ciencia en la infancia, como



esas con que se hinchan los neumáticos.

Yo conocí el caso de un pedagogo modelo, don Zacarías de Dios, que había aprendido todos los métodos de enseñanza en el extranjero, y había visitado desde la escuela establecida en un árbol hasta la escuela submarina para niños anfibios, sobre cuyo funcionamiento había escrito una memoria.

Por eso cuando don Fulgencio, padre de un niño apocado y tímido, me preguntó adónde podía llevar a su hijo Rubén, yo le indiqué la escuela de don Zacarías, que además tenía en sus balcones un gran cartel que ponía «Reformador de la infancia».

Don Fulgencio llevó a la escuela modelo a Rubencito, que pronto aprendió geografía gracias a los métodos de don Zacarías; la aprendió tan bien, que, tocándole la frente, se notaba el relieve de las cordilleras que figuraban en la lección del día.

Rubencito era cada vez más silencioso, y la pelusa de melocotón que cubría su rostro se acentuaba cada vez más y le daba un aspecto más simple y frutal.

El ilustre pedagogo don Zacarías, con sus procedimientos especiales, le hacía tomar mucha agua el día de la lección de geografía fluvial, y como procedimiento nemotécnico para que se acordase de las regiones vitícolas le hacía beber vinos diferentes y el niño llegaba a su casa embriagado.

La temporada en que el niño aprendió electricidad, tan empollado en la materia iba a su casa que se le podía poner una bombilla en la cabeza y se encendía al simple contacto con el cráneo.

— Pregunten lo que quieran al niño — decía el padre a las visitas, que le ponían problemas difíciles como aquel de las «dos mil naranjas repartidas entre tres mil cuatrocientos niños, ¿a cuántos gajos tocarán?»

Todo lo resolvía Rubén, siempre cejijunto, meditabundo, veremundo.

El reformador de la infancia le daba un diploma todos los días y casi todos los días escribía al padre dándole la enhorabuena por los adelantos del niño.

La madre, menos contagiada que el padre por aquel orgullo científico del chico, le dijo un día al padre:

— Fíjate... A Rubencito le está creciendo mucho la cabeza, sin que el niño aumente lo bastante para compensar esa hinchazón.

El padre comprobó con asombro que, realmente, la bóveda craneana crecía de un modo alarmante.

Durante dos semanas estuvieron observando aquel fenómeno.

La gorra ya se quedaba como un sombrero de circo sobre la gran cabeza del niño. Sobre todo, cuando el niño aprendió astronomía y el cuadro comparativo de los mundos, la cosa se agravó muchísimo, y en vista de ello, don Fulgencio tomó a Rubén de la mano una buena mañana, y dirigiéndose con él al colegio, exigió explicaciones al profesor.

El ilustre pedagogo se encogió de hombros y trató a don Fulgencio con ironía:

— Yo, como reformador de la infancia — le dijo el profesor —, me propuse que su hijo consiguiese esa cabeza de

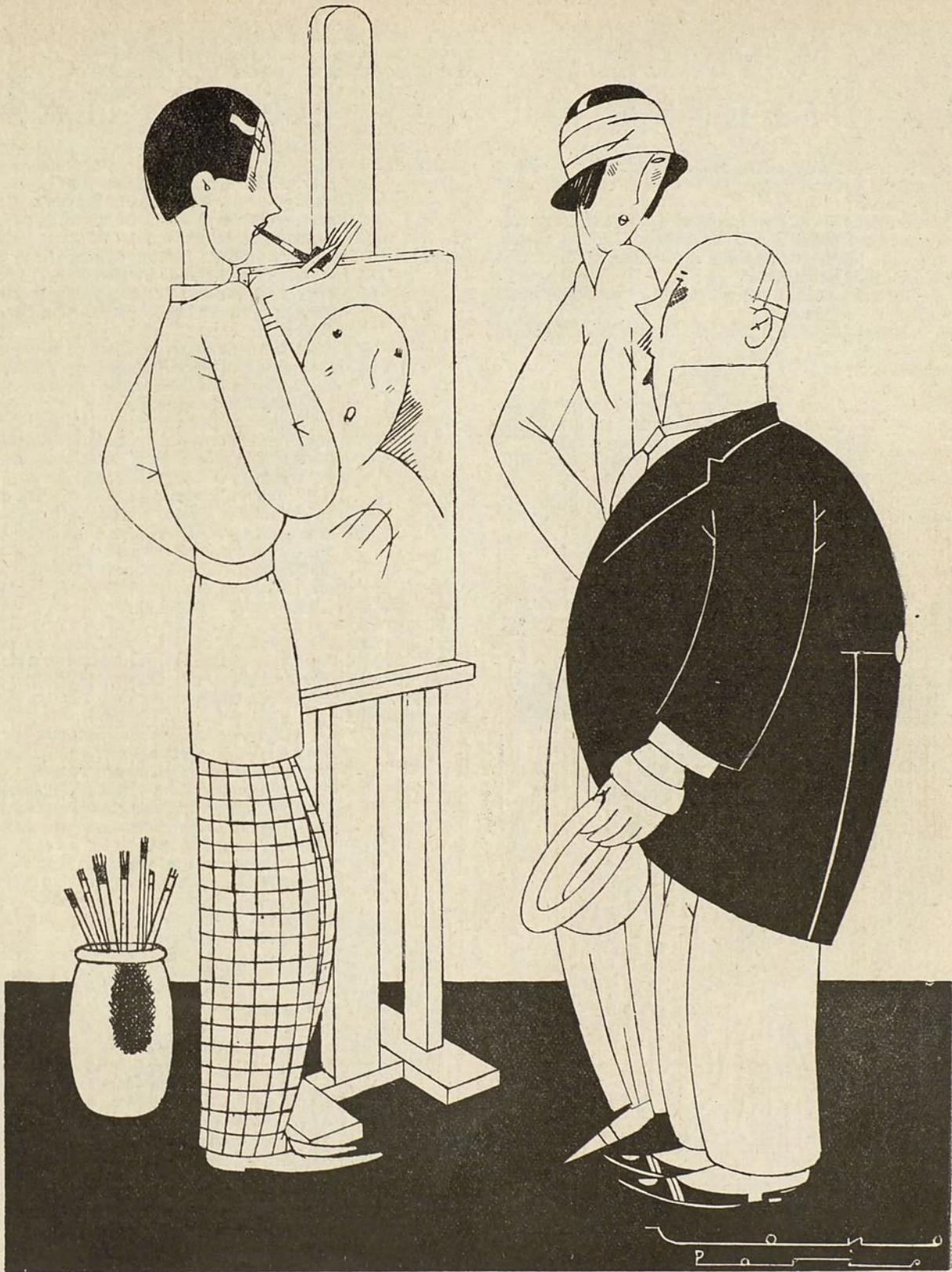


gran capacidad... Pero si usted no está conforme, puede llevarse al niño ahora mismo.

Don Fulgencio, muy indignado, se lo llevó, y desde lejos amenazó con el bastón al ilustre pedagogo.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.



Dib. TONO. — Paris.

— ¿Y no tendría usted un paisaje para vender?

— No; pero pueden ustedes volver dentro de un cuarto de hora.

TRAGEDIAS HISTÓRICAS

LA DEFENSA DE LAS TERMÓPILAS

Decoración. — El desfiladero de las Termópilas o «Puertas Calientes» (1), situado entre la Tesalia y el Atica, visto desde la parte Sur.

Ocultos entre las rocas hay trescientos soldados espartanos, los cuales, a las órdenes de su general Leónidas, hace cuarenta y ocho horas que impiden el paso del desfiladero al colosal ejército del persa Jerjes.

Son las doce del día 2 de bohedromión (3 de septiembre) de 480 antes de Jesucristo.

Miles de lanzas, de flechas y de jabalinas cruzan el aire en todas direcciones.

Empieza la acción.

LEÓNIDAS. *(Es un hombre joven y decidido; asomando la cabeza por encima de una masa rocosa.)*
¡Caramba, qué burrada! ¡Vaya un modo de echar sobre este campo armas diversas! El que asome la gaita paga todo lo que antes les hicimos a los persas...

UN SOLDADO. *(Que se ha puesto al descubierto, y por ello ha recibido un flechazo mortal.)*
¡Mi madre, qué flechazol...
(Muere sin hacer testamento.)

(1) Espantosamente histórico. En aquella región había una verdadera orgía de fuentes termales, y como el desfiladero era, por decirlo así, la puerta de entrada al Atica, de ahí el remoquete, que, entre paréntesis, es de una belleza que desnuda. *(Nota taquigráfica del autor.)*



Dib. GUASP. — Valencia.

— Oye, ¿esas chicas son las de marras?
— No; son las de Ordóñez.

LEÓNIDAS.

¡Pobre chico!
¡De qué mala manera ha hincado el pico! Esto ya no es posible, ¡remilciades!, que me quedo sin piza de unidades... Trataré de arengar a mis soldados para que luchen siempre agazapados. *(Y haciendo bocinas de sus manos, el gran general lanza al aire la siguiente memez de arenga, que Heródoto ha sublimado en sus libros.)*

«¡Soldados de Esparta! Tened precaución... Los persas disparan, haciendo un derroche, flechazos de día, pedradas de noche y jabalinazos en toda ocasión.

No hagáis movimientos, que son peligrosos; aquel que se mueve, su existencia inmola.

¡Soldados de Esparta! Si no sois juiciosos, os harán los persas pedazos de la chola.

¿Qué quieren los persas? Pues quieren pasar el desfiladero, que es hondo y estrecho.

¡Ese plan diabólico les ha de fallar!

¡¡Antes de que pasen se parte uno el pecho!!
(Rumores de aprobación entre los invisibles soldados que defienden el desfiladero.)

¡Cómo habla!

UN SOLDADO.

OTRO SOLDADO.

¡Es una fiera!

¡Vaya un tío!

Nunca una musa se le muestra esquiva.

¡Eso es hablar, y lo demás... té frío!

¡¡Viva Leónidas!!

¡Viva... donde viva!

(Asomando la cabeza muy conmovido; pero con la mar de precauciones.)

Ansío el estrecharos con mis brazos...

Pero dad menos coba y más flechazos.

(Los soldados espartanos, estimulados así se dan gran prisa en disparar sus arcos.)

Esto del combatir se pone duro...

Voy a largarme a un sitio más seguro.

(Abandona el peñasco a gatas y se mete en una cueva natural que le sirve de tienda de campaña, y adonde no llegan las flechas ni con recomendación.)

Sano llegué, por fin... Tengo una estrella que siempre me ayudó en lo que intenté.

(Una pausa. Sentándose en el suelo muy pensativo.)

Bueno; la verdad es que yo no sé cómo va a terminar esta paella.

Porque Jerjes, al mando de sus tropas, ha puesto su sandalia en la Tesalia, y un hombre que allí pone su sandalia, o soy yo imbécil, o nos va a dar pocas...

Ese tipejo viene decidido a quitarnos a todos el cocido,

y aunque nuestra defensa se grabara en bronce de Pelión, salta a la cara

que el pueblo griego moriría entonces

teniendo en vez de *piri* (1) muchos bronce.

(Pausilla leve.)

Si Jerjes nos invade, qué desdicha...

¡Qué horror, qué mala pata, qué sonrojo!

Algún infame me nombró la bicha,

o una gitana me lanzó mal de ojo...

(1) *Piri*, cocido. Esta denominación se encuentra ya en la *Iliada*. Homero la pone en boca de Héctor. Allá él con la responsabilidad.

En cambio, si yo venzo, si no muero,
 entro en Persia y de Jerjes me apodero.
 De esa entrada triunfal siento las ganas,
 y en las ansias de hacerlo ya me abraso...
 ¡Ver los persas rendidos a mi paso
 y los balcones llenos de persianas!...
 Pero, Leónidas, no te hagas ilusiones,
 no pienses más en ello, no seas lata;
 los persas suman más de tres millones,
 y con tanto gachó no hay quien combata.

ALCIBES.

*(Es un pobre soldado; entra en la gruta
 arrastrándose, porque sufre quince saetas
 que le desinflan el organismo rápidamente.)*

LEÓNIDAS.

General..., general... La estoy hincando...
 ¡Por el Apolo délfico! ¡Nefando
 destino que así mi alma bambolea!
 Alcibes, ¿por qué estás hecho una oblea?
 General... Esto ya se está acabando...

ALCIBES.

LEÓNIDAS.

ALCIBES.

¡Pero habla, explícate!
(Sonriendo tristemente.)

¡El lance es chuscol...!

LEÓNIDAS.

ALCIBES.

Dime, que de impaciencia me chamusco.
 ¿Recuerdas tú que a Esfialtes, el ilota,
 le dábamos por muerto antes de ayer?
 Sí...

LEÓNIDAS.

ALCIBES.

Pues está más vivo el gran idiota
 que un cangrejo acabado de coger.
 ¿Qué me dices?

LEÓNIDAS.

ALCIBES.

LEÓNIDAS.

ALCIBES.

LEÓNIDAS.

Lo que oyes.

¿Dónde está?

Está en el campo que se ve hacia allá.
(Rugiendo.)

ALCIBES.

LEÓNIDAS.

ALCIBES.

LEÓNIDAS.

¡Con Jerjes! ¿Se ha pasado al enemigo?
 Leónidas, el persa lo ha comprado...
 ¡Infame, vill! ¿Y sabes qué le han dado?
 Un saco de altramuces y de trigo.
 ¡Ah, si él aquí estuviera, yo, instantáneo,
 le haría somatose todo el cráneo!
 General, y no es eso lo peor...
 Pero ¿es que hay algo más?

ALCIBES.

LEÓNIDAS.

ALCIBES.

Si; que el traidor

ha enseñado a los persas un camino
 para llegar a Atenas...

LEÓNIDAS.

ALCIBES.

¡¡Qué cochino!!

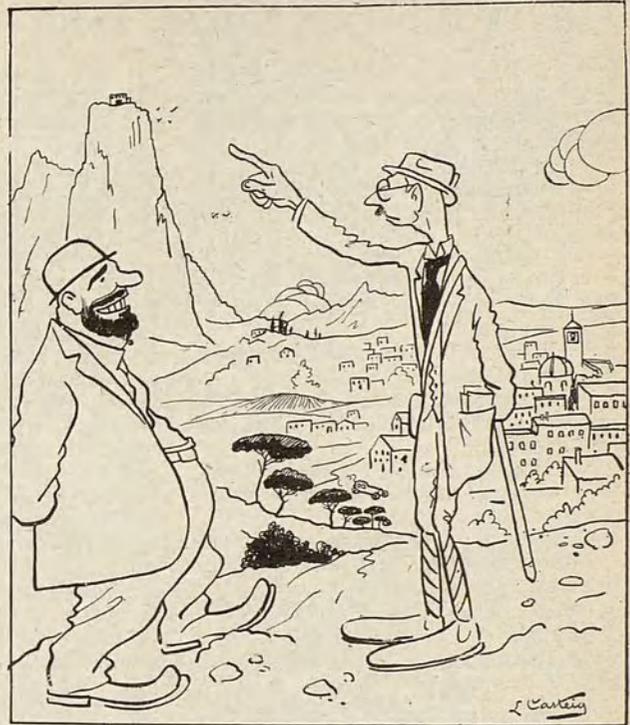
Y gracias a la odiosa estratagema,
 estamos rodeados y perdidos...



TODAVIA COLEA...

Dib. DOLFOS. — Madrid.

— ¡Hay que ver!...



Dib. CASTEIG. — Alicante.

— *Aquel edificio en aquel pico tan elevado, ¿qué es?*
 — *Un local ex profeso para las niñas que estudian
 el piano.*

LEÓNIDAS.

ALCIBES.

LEÓNIDAS.

ALCIBES.

LEÓNIDAS.

Pues, entonces, Alcibes, no hay problema:
 hay que morir matando a esos bandidos.
 ¡Pues a morir!

Espera...

¿Qué?

Que aguardes;

voy a escribir dos líneas...

ALCIBES.

Pues no tardes.

*(Leónidas saca un estilete y escribe en la
 pared de la gruta estas dos líneas, que la
 Historia ha repetido por los siglos de los
 siglos con acento entusiasta:)*

«Di a Esparta que por ella, ¡oh extranjero!,
 perdemos la existencia y el dinero...»
 ¿No firmas?

LEÓNIDAS.

No hace falta, pues yo y tú
 hemos de ser citados por Cantú.

ALCIBES.

Entonces, ¿qué hago yo?

LEÓNIDAS.

Quédate aquí,
 y muere, mientras yo la espicho allí...

*(Señala al paso de las Termópilas, por
 donde se precipita ya el ejército de Jerjes.
 Alcibes abraza al general.)*

ALCIBES.

Leónidas... Adiós...

LEÓNIDAS.

Adiós, hermano.

ALCIBES.

(Hace mutis muy jacarandoso.)

(Viéndole marchar.)

¡Qué chulo va a la muerte el muy gitano!...
*(Se limpia una lágrima con la punta de su
 espada, y se tumba, para morir cómodo.)*

TELÓN

FIN DE LA TRAGEDIA

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

LA VENGANZA DE LA PEPA

Los señores de Pedroñeras han concedido permiso a Pepa, su criada, para que vaya a pasar un mes en casa de sus padres, allá en el pueblo.

— ¡Vaya, chica, que te diviertas!

— Eso pienso, señoritos... Pero quisiera que ustedes me prometieran una cosa.

— ¿Cuál?

— Que en el tiempo que yo esté allí han de ir a verme y estarse algunos días conmigo.

— ¿Nosotros?... ¿Pero dónde nos ibas a meter, chiquilla?

— No se preocupen por eso. Estarán como en su casa. La cuestión es que vayan ustedes.

— Anda, anda, no se te escape el tren.

— ¿Me prometen ir?... Miren que estarán como en su casa.

— Bueno, sí; vete tranquila. ¡Iremos!

— ¡Ay, qué gusto! Ya verán, ¡como en su casa!..

— Vete, mujer, anda...

— ¡Que les esperol!..

— ¡Adiós!..

Han pasado ocho días.

La señora de Pedroñeras, doña Paca, dice a su marido.

— ¿Qué hacemos, Ramón?... ¿Vamos?

— ¿Adónde?

— A ver a la Pepa. Ya sabes lo que nos dijo y el empeño que puso: «Que vayan ustedes, que les espero, que estarán como en su casa...»

— Es muy buena chica la Pepa.

— De lo poco bueno que hay en el servicio. Conque ¿vamos o no?

— ¿Y tú sabes hacia dónde cae su pueblo?

— Verás.. Se toma el tren en la estación de Goya, y cerca de Morata tiene el padre de la Pepa unas tierras y una casita...

— Pues ¡qué demoniol!.. ¿No es ella

quien nos ha convidado?... No es cosa de despreciarla.

— Eso; y que diría que éramos unos orgullosos.

— No hay más que hablar. Mañana mismo nos vamos a *pegar la gorra* a casa de la chica.

Los señores de Pedroñeras acaban de llegar a la casita del padre de la Pepa.

— ¡Ah!... ¿Ustedes por aquí?... Ya creíamos que no venían.

— Después de habértelo prometido, no podíamos faltar.

— ¡Si vieran ustedes lo que me alegro!.. Vengan, vengan a su cuarto.

— Vamos allá.

— Miren... Esta es la habitación que les teníamos preparada, por si venían. Estarán como en su casa.

Y la Pepa se va, dejando solo al matrimonio.

Al día siguiente los señores de Pedroñeras conferencian en voz baja.

— Esto es una verdadera infamia, ¿no te parece?

— Un crimen de lesa hospitalidad, una burla espantosa, una encerrona...

— Pero yo no estoy dispuesto a tolerarlo. Formularé una reclamación en toda regla.

— ¡Claro!... Y el que no tiene medios para albergar a un forastero, que no convide.

— ¡Exacto!

El señor de Pedroñeras interpela a su criada:

— Oye, Pepa, ¿sabes que nos has engañado miserablemente?... Tú, al marchar, nos dijiste un montón de veces: «Que vengan, que vengan, que estarán como en su casa...»

— Es verdad; sí, señor.

— Entonces, ¿cómo es que nos das este cuarto húmedo, oscuro y sin ventilación? ¿Por qué en la mesa no tenemos vino? ¿Por qué nos escatimas el pan?

Pepa suelta la carcajada.

— Francamente, no sé de qué se quejan ustedes.

— ¿No?

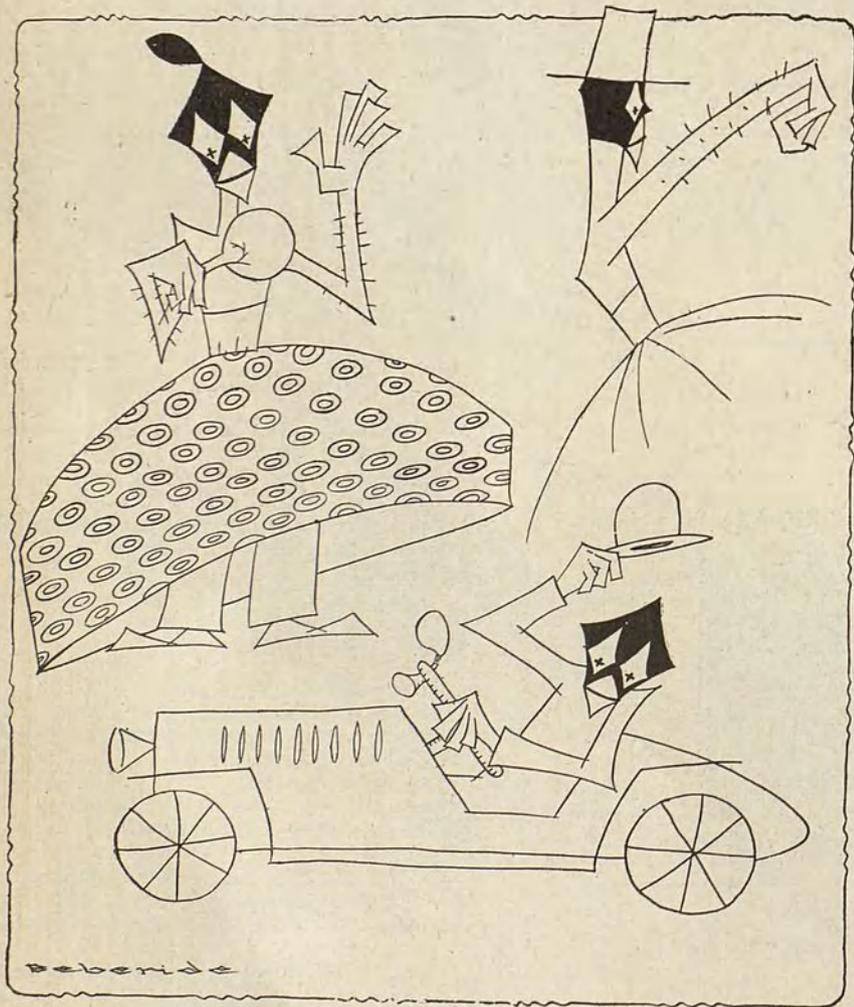
— No, señor. A mí, ¿no me hacían dormir ustedes en un cuarto oscuro?... Pues aquí están... como en su casa. ¿No me escatimaban el pan? Pues aquí, como en su casa. ¿No me prohibían beber vino?... Lo mismo sucede aquí que en casa de ustedes.

— De todas maneras, nosotros tenemos el derecho de...

— ¿De quejarse?... ¡Quéjense ustedes! Pero nadie les hará caso... ¡Lo mismo que en su casa!

El señor de Pedroñeras se muerde los labios. Doña Paca piensa si morder a su criada. Pero, anonadados, sólo don Ramón tiene alientos para preguntar:

— El primer tren que va hacia Madrid, ¿a qué hora pasa?

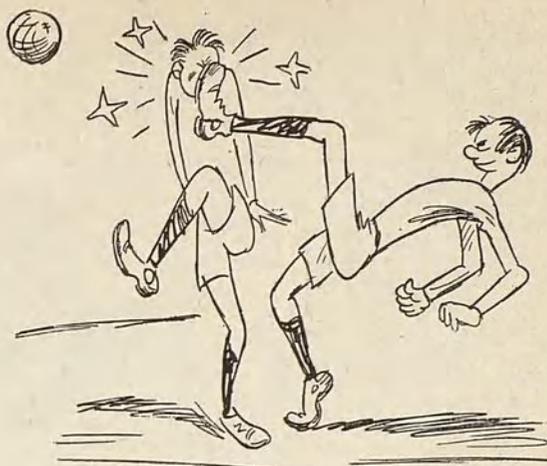


Ramper, el excéntrico de Maravillas, por BEBERIDE.

VICENTE VEGA



EL «GOAL»



BER.

Dib. BERGSTROM. — Estocolmo.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

ENTREACTOS. — EL SINDICATO

¿Yo no he hablado nunca a ustedes del Sindicato de Actores? ¿No? Pues es una falta imperdonable. El Sindicato de Actores es para un buen observador espectáculo mucho más interesante que el de cualquier compañía en función. ¡Son todos los cómicos juntos, en serio, y algunos investidos de autoridad! No se hacen ustedes cargo de lo que esto significa.

Las Asambleas del Sindicato entran en los goce reservados a los espíritus selectos; muy pocos sabíamos este secreto maravilloso, y lo ocultábamos a la aivez de los espíritus inquietos.

Taimadamente dábamos en alguna que otra ocasión referencias vagas de los asuntos debatidos y de las resoluciones adoptadas; empero, describir el acto y sus componentes, los matices humorísticos, los aspectos cómicos que allí pueden observarse, eso lo habíamos omitido.

Solamente por carecer de un tema pintoresco para los lectores — y porque ellos se lo merecen todo —, nos permitimos el despilfarro espiritual de escribir las líneas que siguen.

No hemos de adelantar que una Asamblea del Sindicato de Actores pretende ser algo así como una sesión del Congreso. A cada junta asisten diez, doce, quince artistas, dispuestos a salvar el teatro español, y de paso a derrocar a la Directiva. Así como un actor siente en todo momento la envidia y el celo por el aplauso a su camarada, del mismo modo, los que no son directivos consideran una injusticia no figurar a la cabeza de la profesión y no regir los destinos de la entidad; y, claro es, son adversarios a muerte de los otros.

Dejando a un lado a Miguel Muñoz, presidente del Sindicato y hombre inteligente, perspicaz y benemérito, y al gran Paco Meana, «dictador» de los cómicos españoles, a los que convence y domina con la mirada y con unas divertidísimas salidas de tono que desconciertan, los restantes, unos no hablan, y otros sería mejor que no hablasen.

Todos dicen «bajo la base» y «protesto de...». Cuando uno no esta conforme con lo que se discute, exclama invariablemente: «¡Yo no toleraré...!»

Hay hombres de oposición sistemática, como el Sr. Llanos, que pronuncian medio discurso con verdadera elocuencia y un gran sentido, y se pierden al final, hasta desvirtuar el efecto de sus palabras primeras. Existe el orador anecdótico, que provoca la hilaridad de la Asamblea, aun cuando no venga a pelo; también el que hace reír sin pretenderlo.

Otros, como el Sr. Gentil, artista anónimo, se creen grandilocuentes y aducen citas y las yerran de seguro, y quieren referirse a cómicos extranjeros y no saben bien cómo se pronuncian sus nombres...

Cada orador pretende *epatar* a la Asamblea y anonadar al que le precedió en el uso de la palabra.

Son unas indescriptibles representaciones en las que ellos son autores e intérpretes, y vociferan y regañan y lloran y hacen humorismo, entre el asombro de los que vamos a escucharlos...

Pero ninguno *habla por derecho*.

No; eso, no. Parece como si todos fueran racionistas de sueldo mínimo, aunque cobran diez y quince duros diarios algunos; parece, de verdad, oyéndolos manifestarse, que su profesión sea cualquiera menos la de actores, ya que todo cómico, por el hecho de serlo, tiene que dominar el idioma y ha de saber expresarse con claridad. Si los empresarios fuesen más avisados, no tendrían

otra ocasión para negarse a pagar sueldos crecidos y para no atender las reclamaciones, que la de asistir a las Asambleas y anotar las cosas extraordinarias que allí se escuchan. No cabe nada más original ni más regocijante.

Días pasados, en una Asamblea produjo un incidente vivísimo, que dió origen a la dimisión en pleno de la Junta directiva: uno de los oradores afirmó seriamente que dicha Junta era inmoral. Sobrevinieron los denuestos, las imprecaciones... ¡El caos!...

Al final de una discusión prolija, llegamos a la consecuencia de que el orador había querido manifestar su opinión de que el sistema adoptado *por la Asamblea* para elegir Directiva no se sujetaba en absoluto a lo reglamentario... Y esto, que significaba un error de todos los socios, lo expresaba el orador afirmando que *la Junta era inmoral*.

Paco Meana dijo en la misma reunión, refiriéndose a una modificación de bases de trabajo, que «toda la raza latina aguardaba anhelante las resoluciones del Sindicato de Actores»... Y añadió que la dimisión de la Directiva constituiría «una desgracia irreparable para los países de habla española».

Hemos escuchado otra vez que «un incidente surgido en provincias y solventado *sastifactoriamente*, se reprodució a los pocos días».

Y... ¡ya es bastante por hoy! Las Asambleas del Sindicato son tema inagotable, que desarrolleremos en días sucesivos. Una vez roto el velo que cubría este espectáculo inédito, no han de faltararnos ocasiones de comentar.

Y también diremos, en justicia, lo mucho y bueno que para los artistas españoles ha hecho este Sindicato pintoresco y magnífico. Y hablemos de sus grandes hombres, que si no son enormes didácticos, tienen corazones nobles y generosos...

José L. MAYRAL

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

LA CARRERA DE LAS DOCE HORAS

Un circuito de carreras de motocicletas viene a ser algo así como si Penélope montase en una Harley en vez de dedicarse a las labores propias de su sexo: tejer y destejer, andar y desandar; o mejor aún con esta frase, que encierra un concepto más circular: «Pecar, hacer penitencia, y luego, ¡vuelta a empezar!»

Se trata de eso precisamente. Salir de un sitio para volver a él, y volver a salir con el mismo objeto tres, cuatro, nueve veces. En esto estriba la inutilidad de la carrera. Se trata de un círculo vicioso: los corredores no salen de él en todas las doce horas.

Si, por ejemplo, la cantidad de kilómetros que supone el circuito, aumentada tantas veces como lo recorra el motorista, se coloca en línea recta, o mejor dicho, en una misma dirección, es probable que la meta fuese La Coruña o Bilbao. En ese caso, la carrera tomaría un carácter distinto y podría ser de extraordinaria utilidad. El motorista recibiría gran cantidad de encargos para el punto de destino, llevaría cartas, letras, telegramas, paquetes. A la vuelta podría traer pescado fresco y las contestaciones. Mucha gente aprovecharía la velocidad del motorista para distintas operaciones. Hay encargos que no admiten demora y noticias que deben llegar lo antes posible. Hasta puede que el Gobierno les confiase misiones delicadas para el gobernador civil.

Pero tal como se hacen, dando la vuelta al ruedo varias veces, no aprovechan a nadie.

Por lo demás, una carrera de motocicletas no es una cosa realmente diver-

tida. Se coloca uno en un mojón de la carretera: pasa una moto, con todas sus estridencias, y desaparece como por encanto entre una nube de polvo.

A la media hora pasa otra, y así.

El espectador se aburre. Claro es que no paga y que nadie le ha llamado allí. Los organizadores lo más que pueden hacer es echarle desde un automóvil folletos y periódicos deportivos, con los gráficos del circuito y los retratos de los corredores.

Tampoco se estrellan tantos como el espectador morboso pudiera desear. Indudablemente, con la seguridad de que se darían el golpe dos o tres en las intermediaciones, afluiría mayor cantidad de público. Lo más que se ve es un viraje difícil o una vuelta arriesgada.

A pesar de eso hay gran cantidad de aficionados. Unos que vienen de Madrid con ese objeto y otros que veranean en los pueblecitos de la sierra.

Los hay muy enterados, que cuando pasa el 20, por ejemplo, gritan:

— ¡Es Zacarías!

— ¡Zacarías!

— ¡Adiós, Zacarías!

El que no esté al tanto creará que el aficionado conoce a Zacarías desde que iba al colegio. En realidad, es que el aficionado se cree en el deber de saludar al corredor y animarle con gritos de entusiasmo. Si no fuera por el aficionado, tal vez el corredor se desalentase y dejara en una cuneta la máquina o se fuese a su casa con ella.

Este primer aficionado sabe también al dedillo las marcas de las motocicletas y de los autociclos.

En cambio, el segundo aficionado, no

tan preparado para el caso, se contenta en coger un papel y un lápiz y sentarse en la carretera.

En cuanto pase una motocicleta, el segundo aficionado apuntará el número y la hora en que pasa. Así todos los que corren delante de él.

De pronto os sorprenderá con un grito:

— ¡El treinta y cinco! ¡Este ya ha pasado dos veces! A ver, a ver cuánto ha tardado... ¡Caray!... Cerca de hora y media. ¡Qué bárbaro! Lleva una buena carrera.

Así se pasa el día, llenando papeles con sus notas; pero como el aficionado de segunda clase se ha levantado a las diez, cuando la carrera empezó a las seis, y ha ido más de dos veces a su casita del pueblo durante la mañana, y luego a ido a comer y a dormir la siesta, resultan sus notas muy incompletas, aunque él no repare en esto y siga apuntando toda la tarde.

Hay un tercer espectador, y es el que, desde una butaca de mimbres, oye el sordo repiqueteo lejano y vuelve la vista para exclamar:

— ¡Otral... ¡Por allí va otro!...

Este espectador, más tranquilo y desapasionado, no parece dar gran importancia al gran acontecimiento que se desenvuelve detrás de él.

El que quiere saber noticias frescas acude a la casilla del peón caminero, donde están los guardias civiles y hay una tertulia de espectadores. Por el teléfono llegan, de tarde en tarde, las noticias.

— En el kilómetro cinco se han caído dos. Se quejan mucho. Deben estar graves.

No ofrece otro aliciente la carrera de motocicletas.

Si acaso, el espectador podrá ver el automóvil de la Cruz Roja, que va abuscarlos, o que los trae con la cabeza vendada.

Si se hiciesen apuestas, o si se pudiese jugar, como en la ruleta, un pleno al kilómetro 18, y ganase cuando volcase un corredor, el espectador encontraría un aliciente como en la carrera de caballos.

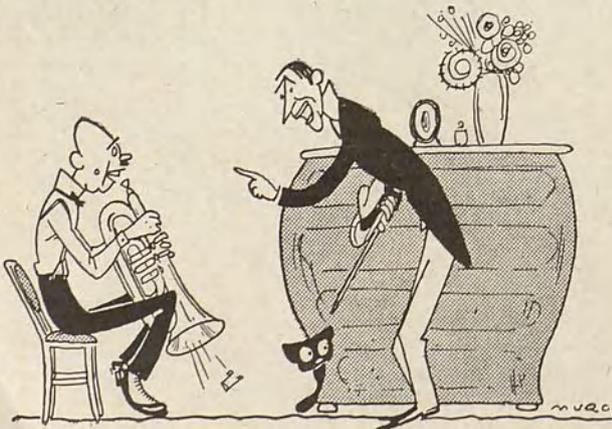
Así, ya digo, la carrera de motocicletas no interesa más que a los fabricantes de motocicletas.

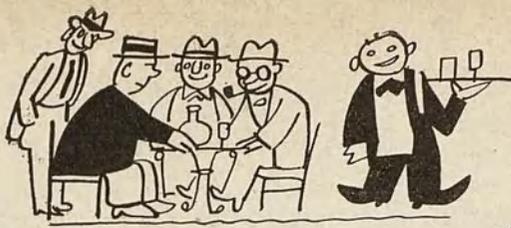
JOSÉ LÓPEZ RUBIO

En Navacerrada, cuando cae la tarde y pasa el último corredor rezagado.

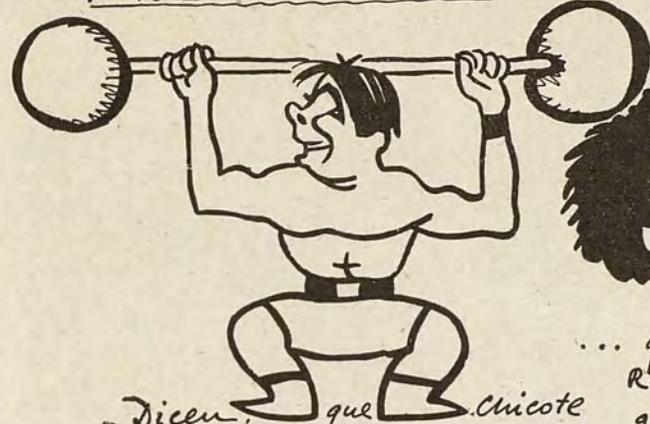
Dib. MURO
Valencia.

— ¿De cuándo acá te dedicas a la música?
— Desde que mi suegra padece dolores de cabeza.





« CAMELOS »
 Voy a seguirlos diciendo
 lo que me van refiriendo.



... dicen que Chicote está entrenándose, para discutir (si se presenta otra ocasión) con el Sindicato de Actores.



... que Aurorita Redondo tendrá que quitarse un ojo, porque no le caben ya los dos en la cara.



... que según acuerdo de las empresas, en la próxima temporada, a todo espectador que concorra dos veces a un mismo teatro, será obsequiado con un caramelo. vale para que tome dos caramelos a la salida.



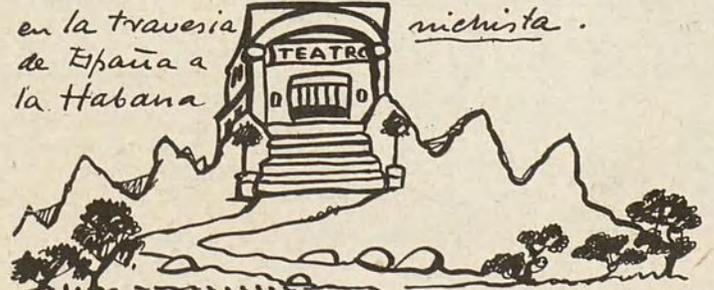
... que a Ortas le han crecido los brazos en la travesía de España a la Habana



... que Martínez Sierra inaugurará Estava, con una conferencia acerca del teatro esbista camelista y ar-nichista.



... que en el teatro de la Chelito un padre ferueta disertara sobre la obra de Joaquín Belda



... que Cadenas piensa construir otro teatro en siete picos, para representar la revista de gran espectáculo "El desnudo en el teatro"

Tragedia en 4 actos de H. Mausa

.. que Mausa prepara una Tragedia.

Hasta el domingo próximo



« CAMELOS » TEATRALES, por ROBLDANO.

LOS SUCEOS DEL SENADO

Con motivo de las gravísimas broncas de vecindad que han tenido lugar la pasada semana en el Senado, y de las que han sido actores Sánchez Guerra, Sánchez de Toca y Aguilera, en unión del Gobierno y demás compañeros mártires, se han cursado y recibido innumerables telegramas, unos de protesta y otros de adhesión y aplauso, de los cuales vamos a tomarnos la libertad de reproducir algunos en nuestras elegantes páginas. El hecho de publicarlos no supone que estemos conformes con ellos, porque BUEN HUMOR no es conservador, ni liberal, ni republicano, ni comunista. BUEN HUMOR no es nada, que es lo único que se puede ser en estos tiempos en España y fuera de ella para poder vivir tranquilo. Y estampado este pequeño desahogo, vamos a proceder a la inserción de los despachos. ¡Ojo!

General Aguilera. — Madrid. — Vecindario Alcázar de San Juan protesta airadamente tortas Sánchez Guerra, impropias Senado, aunque naturales chocolatería o café. ¡Viva España, abajo la política y abajo la mano de Sánchez Guerra!

General Aguilera. — Casino Militar. — Manos blancas no ofenden. — *Casino de Labradores de Cadalso de los Vidrios.*

Conde de Romanones. — Congreso de los Diputados, Senado o donde se halle. — Protestamos enérgicamente bofetones civiles, tolerados vucencia. Vucencia parece dar entender que Aguilera se ha caído por atizar también candela Sr. Sánchez Guerra. Esto es igual que si vucencia diera un puntapié a Marcelino Domingo y dijese los radicales que se había caído vucencia, aunque es seguro que si vucencia se decide a alzar la pierna y a dar una puntera, se cae en el acto. — *Junta directiva Asociación Peones Camineros de Extremadura.*

Señor Sánchez Toca. — Azucarera Española. — Visto inaudito acto de poner la mano en faz digno general Aguilera, llevado cabo por Sánchez Guerra, preguntamos una cosa: ¿quién es Sánchez Toca, vucencia o Sánchez Guerra? ¡Porque Sánchez Guerra toca... lo que no debe, pero lo toca..., y Sánchez Toca no hay manera de que toque! Exigimos explicación inmediata paradoja y rebaja rápida del azúcar. — *Cámara Comercio Alhama de Aragón.*

General Aguilera. — Lamento vivamente bofetadas antipolíticas. ¡Pero ahí me las den todas! — *Lerroux.*

Señor D. José Sánchez Guerra. — Entusiasmado por su admirable valor dando leña, ruégole me envíe las señas de su domicilio para tener el honor de hacerle una visita en compañía de mi señora suegra, con la cual me haría usted un señalado favor repitiendo la magnífica hazaña del Senado. — *Lucas Gómez, oficial cuarto Hacienda.*

General Aguilera. — La indignación por el injustificado ataque de que ha sido usted víctima, es en este pueblo tan general o más general que usted. — *Ayuntamiento de Cangas de Onís.*

Señor Sánchez Guerra. — ¿Por qué no ha hecho usted en otro tiempo con Millán de Priego lo que ha hecho ahora con Aguilera? ¡Porque entonces había motivos, y hubiese usted tenido un éxito en lugar del fracaso de hoy! — *Redacción de «El Clamor de Vallecas».*

Señor conde de Romanones. — En nombre de la Empresa americana de películas *New York Films*, hacemos a usted la siguiente proposición: como público norteamericano no conoce general Aguilera, y, en cambio, conoce de sobra a usted, sería sensacional un film en el que usted resultase víctima de las tortas del Sr. Sánchez Guerra. Ofrecémosle un millón de dólares si ante pantalla posa usted dos minutos y recibe agresión enérgica actor caracterizado Sánchez Guerra. Esto sería Estados Unidos mucho más formidable que conferencias Clemenceau, también conseguidas por Empresa americana. Decídase. Además del millón de dólares, pagamos árnica y asistencia facultativa. — *Sociedad Anónima New York Films. — RESPUESTA PAGADA.*

Por la copia,
ERNESTO POLO



Dib. PINILLA. — Gijón.

ELLA. — ¿De modo que no me quieres comprar el espejo que vimos ayer?

ÉL. — Pero, mujer, ¡tú pides la lunar...

TITIRIMUNDILLO

«El ministro dijo, después de unos momentos de meditación:

» — En esta cuestión, señores, no se puede tener un juicio exacto, porque surgen imprevistos.»

¿Y eso fué lo que necesitó meditar? Pues Gedeón lo hubiera dicho de primera intención.

«Se encuentra en Madrid la primera actriz Milagros Toldos, que en breve formará compañía.»

¿Una compañía de Toldos?

¡Un éxito, con el sol que hace!...

Ha sido agredido un pescadero que vendía besugos.

No cabe duda de que a estas horas el hombre estará ligeramente escamado.

«En Barcelona, algunos teatros han suspendido sus espectáculos.»

Claro, no hay competencia posible con el espectáculo que se da en la calle.

Sale más barato y es mucho más emocionante.

«De madrugada se desmandó un toro bravo.»

¿Bravo?... ¡Cuánto hubieran dado algunos ganaderos de la plaza de Madrid porque perteneciera a su ganadería!...

Un obrero que ha intentado casarse dos veces, dijo que era blando de corazón.

— ¿Cómo es usted tan blando? — le preguntaron.

— Porque pertenezco al ramo del agua.

En Barcelona al cobrador de El Auxilio del Obrero le dieron un golpe en la cabeza y le quitaron mil pesetas.

Y es lo que dirá el pobre hombre, obrero también:

— ¡Pues no veo por parte alguna el auxilio!...

«Las negociaciones han entrado en nueva fase.»

¿Como la Luna?

Exacto. Y para que sea mayor el parecido, también hay cuartos por medio.

El Sr. Salvatella, como ministro de Instrucción Pública, prometió ocuparse de los detalles para la organización del Congreso de la Prensa que ha de celebrarse el año 1925.

¡También son ganas de perder el tiempo!...

¡Porque tenga la seguridad el señor Salvatella de que en 1925 él no es ministro de Instrucción Pública!...

PRÓXIMA HECATOMBE

Decía en el mes de septiembre último un diario madrileño:

«Londres. — El doctor Bedford Russel ha logrado devolver la vida durante veintisiete horas a un joven que acababa de morir.»

Nosotros, ante semejante progreso científico, no podemos por menos de abrir la boca, desorbitar los ojos, erizar los cabellos, y con este gesto admirativo, meditar unos minutos sobre el hecho...

Unos minutos nada más. Nuestra pobre imaginación se pierde en un laberinto de sombras, frente a la magnitud del caso. El doctor Russel, con ciertas manipulaciones en el corazón de un cadáver, hace palpar sus pulsos, fluir su sangre de nuevo, funcionar sus pulmones: ¡vivir, vivir por veintisiete horas!... ¿Se detuvo el lector a pensar unos instantes sobre esto cuando la noticia llegó a sus oídos?...

Pensemos, deduzcamos, adivinemos el futuro cuando prospere este nuevo alarde de la Ciencia... Porque hasta ahora, lo conseguido por el señor Russel no es más que una sombra de lo que dentro de cien años significará este mágico masaje. El muerto, ahora, resucita corporalmente; pero las facultades mentales y psíquicas siguen en su estado de inercia definitiva... En el caso que nos ocupa, el hombre respiró, adquirió elasticidad en sus miembros, vibraron sus pulsos, volvió la sangre a manchar sus labios y sus mejillas, acaso estornudara, tal vez guiñara un ojo; pero si nuestro doctor, en aquel instante de reacción física del paciente, le hubiera interrogado acerca del problema marroquí o le hubiese planteado un colmo, por sencillo que éste fuera, el resucitado habría permanecido en una sordomudez ultra tumbica.

Mas la Ciencia, ya sobre esta base poderosísima, y vencido el inconveniente formidable de iniciar de nuevo las palpitaciones en un corazón inerte, logrará armonizar, según augura, esta reacción corporal obtenida por el doctor londinense con el resurgir de las facultades mentales y psíquicas. Se trata nada menos que de la inmortalidad. Con el correr de los años será curioso advertir la decadencia de las funerarias y Sociedades de seguros de vida.

La tuberculosis, la peste, el tifus, la encefalitis letárgica, la neurastenia, la *literatura* y toda esa serie de enfermedades horribles que hoy nos acosan del brazo de la señora Muerte, se reducirán entonces a una incomodidad pasajera; unos días, un mes, un trimestre guardando cama, el período agónico y la muerte... Entonces llega el médico de cabecera, sonríe, zanja, busca el corazón, y como el que toca el piano, con gran limpieza, con una facilidad prodigiosa, manipula breves minutos en la viscera hasta que el paciente abre los

ojos, saluda al doctor, le pregunta por su familia y pide un cigarrillo...

¿Qué será entonces de la *Star*? ¿Qué objeto tendrá dentro de cien años este chisme? Los atentados sindicalistas, ¿cómo se llevarán a cabo entonces? ¿Cómo se hará una guerra?... Prevemos, en este último caso, una lucha de ejércitos con la sola divisa de robar corazones enemigos para imposibilitar el masaje. Presentimos la fiebre de un desesperado, escarbando, buscándose en la parte izquierda del pecho la viscera palpitante para arrojarla al mar, atada a una piedra. Adivinamos, por último, una serie de inconvenientes, de incomodidades, de molestias, que harán imposible la vida. Una habitación en cualquier casa de huéspedes valdrá veinte duros diarios; el ensanche de las poblaciones, por rápido que sea, no dará abasto a la

progresiva aglomeración de gente. Un palco segundo en cualquier teatro, dos mil pesetas; por muchos teatros que se construyan, ídem de ídem. Un asiento en un banco de la Castellana, seis pesetas; por muchas *castellanas* que ídem de ídem, ídem de ídem. Cruzar Preciados, tres cincuenta; por muchos *preciados* que ídem de ídem, ídem de ídem...

Y así todo. Vendrá la revolución, el fin del mundo, y la Historia volverá a su amanecer risueño. Habrá que buscar un nuevo Adán a quien extraer la costilla, una nueva serpiente tentadora, una nueva manzana...

El doctor británico, por bien de la Humanidad, debe guardar su secreto, olvidarlo... Advierta el señor Russel la enorme catástrofe que el descubrimiento lleva consigo.

José BAEZA



Dib. LÁMBARRI. — Zaragoza.

ÉL. — *Te juro, Mary-Tere, que estoy loco por ti. Esto ha sido como un rayo.*
 ELLA. — *¿Otro?... ¡Pues ya van tres! ¡Si supiera mi tía la tempestad que se ha levantado con su testamento!...*

CANCIÓN VITIVINICOLA

(A cargo de un distinguido «merluza», natural de Madrid y de estado casado, para entonarla un sábado cualquiera y en los umbrales de la taberna que le toque de semana.)

«Nena...
me decía, loco de pasión...
Nena...
que mi vida llenas de ilusión...
Deja que ponga,
en mi embeleso,
sobre tus labios la llama divina
de un beso...»

(Formidable canción popular que, por lo visto, ha oído el borracho antes de decidirse a cantar la suya, que, como verán ustedes, no desmerece en nada.)

Juré beber vino, sin miedo a *diñarla*...
¡Y al tinto y al blanco mi amor consagré!
Y en otro ingrediente
llamao aguardiente
idénticamente
mis perras gasté...
¡¡Pesqué cada curda, caray,
que un borracho mayor no le hay
en Cádiz, Pamplona,
Pekín, Barcelona,
Getafe y Bombay!!
¡¡Ay!!

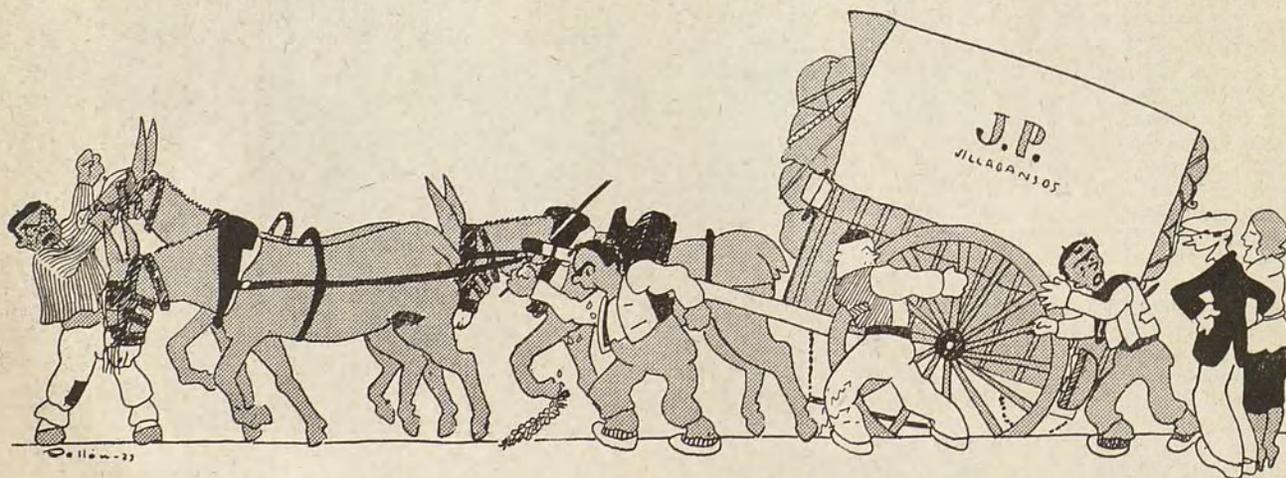
¡Llena...
quiero yo la copa de Chinchón!
¡Llena...
quiero yo la bota de peleón!
¡¡Abajo el agua,
licor cochino!!
¡¡Venga a mis labios
la copa divina...
de vino!!.

Mi esposa Facunda, que es buena muchacha,
también es borracha como un servidor...
Si yo llego a casa
con la *melopea*,
tiene ella una *pea*
toavía mayor...
¡¡Pero como está *en cierto estao*,
ayer mismo salió del cuidao...,
y no me lo explico,
dió a luz *medio chico*
y no se ha *asustao*!!...
¡¡Y con éste son siete los *chicos*
que me ha despachao!!!

¡Llena...
quiero yo una copa con ojén!
¡Llena...
quiero la botella que me den!
¡¡Mejor que el agua
bebo ricin!!
¡¡Quiero sorberme
la copa divina...
de vino!!...

(Esta canción tiene un final bastante gracioso; pero no creo de necesidad transcribirlo aquí. ¿Para qué?... Supongo que se habrán ustedes dado cuenta de que el final es la Comisaría. Ahora bien: a veces varía el final: unos días es la Comisaría de un distrito, y otros días la de otro. Consiste en donde le coja al borracho y en donde le coja el guardia.)

NÉSTOR O. LOPE.



Dib. BELLÓN. — Madrid.

EL CASTIZO. — ¿T'has fijao, Sole? Tantos como tiran, ¡y no se mueve! . ¡Anda la osal...
EL CARRETERO. — No; lo que yo quiero es que ande el carro...

¿SE HA FIJADO USTED? NOS ESTORBA EL CUERPO

Hemos averiguado que el cuerpo es el principal y hasta único enemigo del hombre. Trabajo nos ha costado llegar a este conocimiento; pero, ¡ahl, queda para que lo estudien detenidamente los sabios, desde Einstein hasta *Chicuelo*.

Aquel que pudiera arreglárselas para vivir sin su propio cuerpo, sería el ciudadano más feliz del mundo. ¿No os habéis fijado en eso? Pues fijaos y veréis cómo por *acá* somos unos psicólogos del tamaño de la torre Eiffel, aunque sin la telegrafía sin hilos.

Explicación al canto; y si esto os parece poco, al canto y piano.

Coméis, estáis sentados frente a un manjar que os agrada, y cuando aun vuestra ilusión no está satisfecha, del estómago os sale una voz diciendo:

— ¡Eh, amigo, que no puedo más!... ¡Caray y con el tío bruto éste, qué modo de echarme peso!

De buena gana hubierais seguido atracándoos; pero vuestro saleroso cuerpo ha ordenado el cierre, como si tuviese establecida la jornada mercantil, y bajáis la compuerta, diciéndole al estómago:

— Bueno, hombre, bueno, no te pongas así.

Otras veces es un asunto urgente a resolver en un barrio alejado el que os hace salir de casa, y al poner los pies en la calle, las piernas se niegan a andar, como diciendo:

— Mira, saleroso, eso de ir a pedirle veinte duros a un amigo que vive en Chamberí y hacerme a mí trabajar, es cosa que se te debe quitar de la cabeza, como si fuese la idea de que te van a nombrar ministro del Tribunal de Cuentas. No, rico, no.

Hay que obedecer a las piernas: es preciso tomar un tranvía o un coche, porque si no jamás se llegaría a casa del amigo, o acaso cuando éste se hallase en plena senectud y sin humor para soltar la *guita*.

Estos contratiempos, sin embargo, son pequeños incidentes comparados con otros momentos en que la tiranía corporal alcanza unas alturas verdaderamente extraordinarias.

Vuestro espíritu y cierta zaragatería que os rebosa os hace seguir a una mujer que os pareció la hermana mayor de la Venus de Milo, sólo que con los dos brazos, y cuando con mayor entusiasmo os dedicáis al seguimiento, ¡zas!, un retortijón de tripas os avisa que no habéis consultado previamente con esta importante parte de vuestro cuerpo, y adiós conquista, adiós ilusiones y adiós todo el mundo. Las tripas mandan y hay que obedecerlas. ¿Qué tal? ¿Veis como tengo razón al decir que somos unos pobres diablos esclavos de nuestro sandunguero cuerpo?

Pongámonos en el teatro; pongámonos, sobre todo, si tenemos un amigo que nos dé billetes gratis.

— ¡Qué drama tan interesante!

— ¡Oh!... ¡Interesantísimo!

Esto lo decís completamente convencidos; pero, por lo visto, no lo está tanto vuestro cuerpo, porque a los pocos momentos aparece el sueño y se acabó lo de interesaros la representación. Los ojos se cierran, comienzan las cabezadas y el ridículo se apodera de vosotros del modo más definitivo.

¡Ya ni aficionado a la literatura dramática se puede ser ante la tiranía de la miserable envoltura en que vivimos, y

en la que aparece encerrado nuestro espíritu! Sólo hay prosa, cochina prosa, realidad y embrutecimiento. Perdonad que use semejante lenguaje; pero hay momentos en que me creo estar dando una conferencia en el Ateneo, y desbarro.

Decía que el cuerpo es el que manda, y que su mandato sólo es de usos absolutamente prosaicos y ordinarios, quedando el alma, el espíritu, muy por debajo de las circunstancias.

Y hay que advertir que las circunstancias están al mismo nivel, centímetro más o menos, que el Metropolitano.

¿Habéis estado en Burgos? ¿Sí? ¿No?



Dib. REDONDO. — Madrid.

— Tú mira bien lo que haces, que ni tu padre ni yo cargamos con tíos...



Dib. LINAGE.— Madrid.

- ¿De modo, Ponciano, que tú quisieras ser...?
 — Tormenta, señoritu, tormenta.
 — Hombre, ¿y eso?...
 — Para descargar, señoritu, para descargar...

Bueno. Pues Burgos, como ya saben todos los senadores, incluso Burgos y Mazo, tiene una catedral estupenda. Llegáis a la población, y ¿a que no vais corriendo a verla? ¡Cal! Os laváis, almorzáis, os cortáis el pelo, dormís, y luego de haber quedado bien con las exigencias del cuerpo, es cuando viene la visita a la catedral.

Si en este país hubiera sentido común, y no estuviera adulterado como el Censo, a la puerta de la catedral habría un representante del Gobierno que os impediría el paso diciendo:

— ¿De modo que antes es comer, dormir, etc., que ver la catedral?...

— Es que el cuerpo me pide descanso; tenía hambre...

— ¿Sí? Pues ahora no se entra. ¡Largo le aquí!...

— ¿Y qué hago en Burgos?

— ¡Coma usted queso!...

— Pero si a mí el queso me produce siempre un amodorramiento pertinaz...

— Entonces vaya a visitar a algún tío burgalés.

— Ha de saber usted que los burgaleses me son más antipáticos que un ventilador con cintas.

— No diría usted que eran antipáticos los burgaleses cuando se metía en juerquecita en Madrid de la mano de unas hijastras de Eva.

Justo castigo a haber considerado a la materia por encima del espíritu.

Decididamente, el cuerpo manda; y conste que siempre hablamos del nuestro propio, porque en cuanto nos metamos con el cuerpo femenino — ¡jole su cuerpo! — viene el acabóse, en definitiva. Y es que hay mujeres que tienen un cuerpo como para ponerle escalafón.

A. R. BONNAT



Dib. FERVÁ. — Colmenar Viejo.

- LINA. — ¿De qué es esta corbata?
 ÉL. — Pues de seda..., Lina.



PRINCIPIO DE TEMPORADA

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

- ¿No te bañas hoy, Marichu?
— No, chica. Hay tan poca gente aún, que no vale la pena.

CONSEJOS A UN PROVINCIANO

No vaciles: estafa un millón, roba una vitrina en el Museo, descuartiza a un chico, y cómetelo — si eres voluptuoso — con patatas... He aquí, sin copiosas retóricas, la opinión que me pides. Lo comprendo; te aburres en ese rincón de vacas, como tú dices, abrumado de melancolía y de *solos de favor*, que nunca se terminan, en el Casino. Pero no olvides que, jugando al tresillo, más de un antropoide ha llegado a ser consejero de la Corona.

Has nacido con inteligencia y corazón, lo cual es un lastre pesado e inútil, a juicio de Ganivet. Quieres venir a la corte. Lo reconozco. Ven. Pero no trai-

gas ese librejo de poesías que dices, o esa novela, o ese estudio crítico que has ido preparando con ilusión y paciencia absolutamente inútiles.

Aquí, en este pueblo grande, con más Casinos y plazas de toros que el tuyo, el renombre se conquista raras veces por la senda de la justicia. Las Academias suelen abrir sus puertas a las calvas lustrosas; las Cortes acogen a las barrigas prepotentes; ciertos Centros de actividad intelectual se rinden al pícaro riñonudo, al matón. Piruetea sobre el Código; hoza en la porquería, y subirás. Pero no se te ocurra tener talento.

Pégale un tiro a un cualquiera, y enton-

ces verás cómo la fama llama a tu puerta. El asesino viene derrotando, en el terreno de la notoriedad española, al ilustre. Si esgrimes la ganzúa o la pistola en lugar de la abominable péñola, triunfarás. Entonces, los chicos de la Prensa, tan simpáticos y laboriosos, contarán al público, en cumplimiento de su deber, cuándo naciste y dónde, qué color de corbata te emociona más, cuál barrio matritense te parece menos insalubre y qué opinión te merece la problemática inmortalidad del cangrejo.

Además se publicará tu retrato en todas partes, y desde luego en lugar preferente. En miles de hogares una hermanita le dirá a otra: «¡Pues, oye, no tiene mal tipol...» En miles de plazas y esquinas, unos cuantos gañanes aullarán: «¡Vaya un tiazol... ¡Qué bárbarol...» Y tu nombre saltará la frontera, y el mar, y la indiferencia. Millones de españoles son los que se acuerdan más del *Pernales* que de Lope de Vega, que en paz descanse.

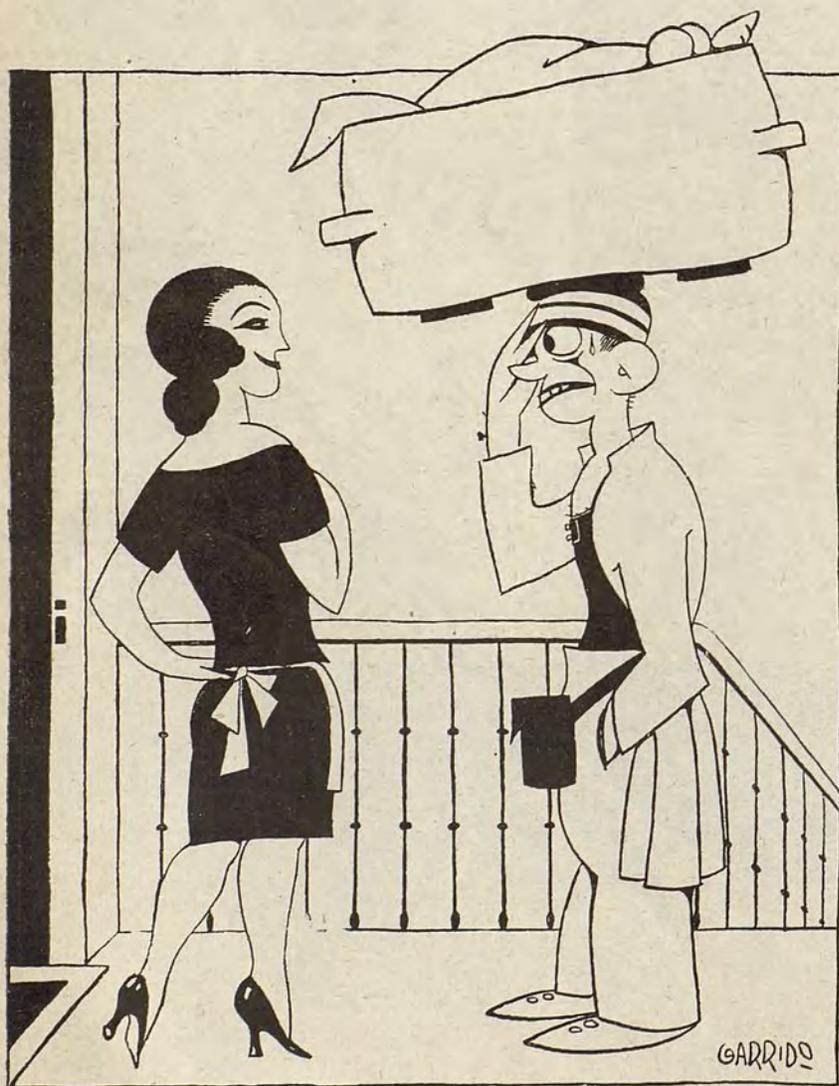
Un sabio que no tenga más que sabiduría está perdido. Ahora bien: si además de sabiduría tiene una señora guapa, entonces puede favorecerle la fortuna de que estalle un disgusto conyugal y sobrevenga un suceso sangriento en que el señor sabio le arrebathe la vida a un semejante. Metido ya en la cárcel, el hombre de ciencia verá llegada la ocasión de valerse de la notoriedad alcanzada para publicar el libro donde consten detallados sus descubrimientos y especulaciones.

Hoy la pistola apunta a la fama. El éxito requiere cualquier cosa menos inteligencia. Para conquistar una nota bibliográfica se necesita realizar más esfuerzos que para ocupar un asiento en el tranvía. El caballero que cultiva la estafa derrota al pobre hombre que se dedica al endecasílabo.

Entre sacar las mantecas a un editor, o publicar una novela, por muy larga que sea, o descubrir un nuevo terrible bacilo, todo hombre discreto debe optar por las mantecas. El abogado defensor es una invención felicísima para que la piel del delincuente se salve. Y si esta invención se equivocara, no te apures. Queda la otra, no menos preciosa, del jurado.

De modo que, antes de venir a estos Madriles revueltos y acogedores, piénsalo. Ve si entre tus deudos hay alguna tía vieja con dinero. Y asesínala. Eso sería el prólogo del libro que me dices preparas; prólogo que te anticiparía la celebridad y agotaría la edición de la obra. Pero si no tienes ninguna tía ni sientes deseos de eliminarla, quédate ahí, entrégate al *jiley* o al *julepe* y revienta de asco.

E. RAMÍREZ ÁNGEL



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Anda, si no estás bueno, entra en la cocina y te haré un poco de té.

— No; dame café, a ver si se me descarga la cabeza...

A UN FUMADOR CURIOSO

Por JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Me preguntas, usando finas maneras,
qué es lo que me parecen las cigarreras;
y aunque estoy de estas cosas poco al corriente,
te diré lo que opino sencillamente.

Si oyes hablar del garbo que, aunque pequeñas,
tienen, según es fama, las madrileñas,
no digas lo contrario; pero replica
que en Madrid hay de todo, como en botica.

Unas son guapas, como tú las deseas,
y otras son regulares y otras son feas.
Unas son narigudas y otras son chatas.
Las hay como la nieve, las hay mulatas.

Unas hacen los pitos decentemente,
y algunas se descuidan (cosa frecuente).
¡Ayer mismo en un puro Pepe Canduela
se encontró dos guisantes y una tachuela!...

Como trabajadoras, nadie las gana.
¡Cuántos cigarros hacen cada semana!...
Años hay que la suerte sus pasos guía
y hasta les toca en gordo la lotería.

Lo que sí tienen todas es tal empuje,
que cuando se amotinan la corte cruje,

y al mismísimo verbo, si el lío empieza,
le tiran los cacharros a la cabeza.

Y hay alguna con alma tan excelente,
que le da sus jornales a un indecente
que a su costa embriagado pasa la vida...
y la da dos patadas si se descuida.

Todo esto viene a cuento (sobre que quieres
saber lo que yo pienso de esas mujeres)
de que pides te diga si, por mi parte,
sé de alguna que quiera *pitillearte*.

Pues sé de la Colasa, de una morena
que resulta bonita, barata y buena.

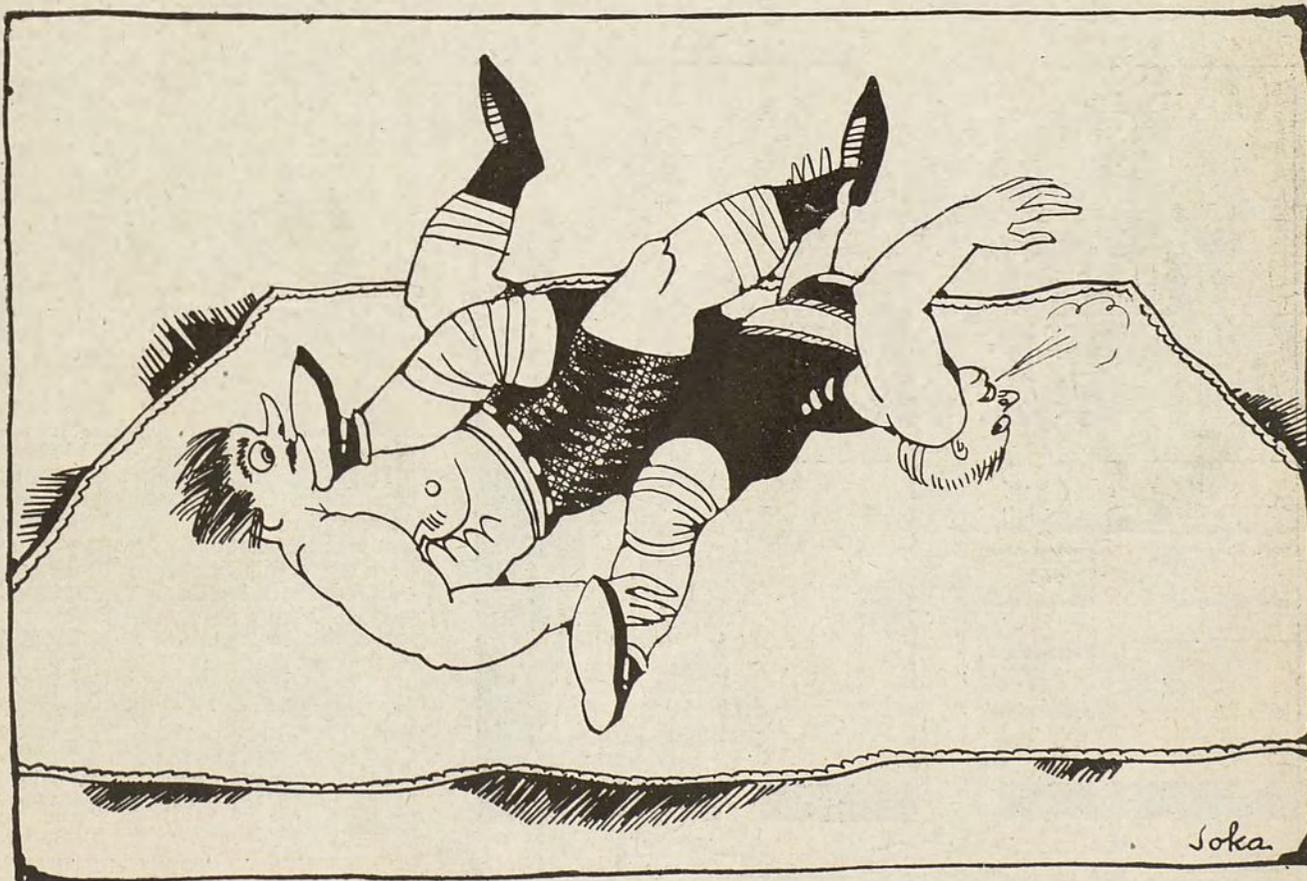
¡Seis días he tenido metida en casa,
para hacerme cigarros, a la Colasa!

¡Vaya una cigarrera fascinadora!

¡Vaya un reloj viviente dando la hora!

Y es que, haciendo pitillos para cualquiera,
no hay como la Colasa la cigarrera.

Conque, si te parece, querido amigo,
no echés en saco roto lo que te digo,
ni hagas caso a tu esposa si te predica...
¡Llévate a la Colasa, verás qué rica!...



LUCHA LIBRE.

Dib. SOKA. — Madrid.

EL QUE ESTÁ DEBAJO. — ¡Eh, amigo, que me la está usted dando con queso!

COSITAS UNA PRUEBA DE AMISTAD

I

Sr. D. Juan Furciáñez.

Querido amigo: Dentro de unos días salgo para París, en donde pienso pasar un par de meses, divirtiéndome todo lo que pueda.

Supongo que, a pesar de nuestro disgustillo anterior y de la frialdad en que ahora se mantienen nuestras relaciones, no tendrás inconveniente en confiarme algún encargo o misión que necesites te desempeñe en la capital francesa.

Tendré un verdadero placer en poderte servir de algo, para que te convenzas de que sigo siendo tuyo buen amigo, — Mengáñez.

II

Mi querido Mengáñez: Nunca he dudado de tu buena amistad, y mucho me apesadumbraba este distanciamiento entre nosotros. Tenía el propósito de escribirte para concluir ese disgustillo nuestro, y ahora veo que te has adelantado con tu carta.

Te agradezco de veras el ofrecimiento que me haces y de muy buena gana lo

aceptaría, pues necesito que me lleven a cabo allá una pequeña operación financiera. Pero por esto mismo, por tratarse de una cuestión de dinero, que puede ser molesta a una persona que va con el exclusivo plan de divertirse, no me atrevo a encargártela, por miedo a que pudiera ocasionarte trastornos.

De no ser así, ya puedes figurarte que nadie como tú me ofrece las garantías y la confianza necesarias. Para algo somos amigos desde hace veinte años, en aquellos tiempos felices en que hacíamos novillos en colaboración a las clases del preparatorio de Derecho.

Diviértete mucho, y si quieres que nos veamos antes de tu marcha, cítame.

Te abraza tu buen amigo — Furciáñez.

III

Queridísimo Furciáñez: Recibo tu carta, y me duele mucho que creas que una gestión para ti pueda causarme molestias. Por el contrario, sería un placer y una satisfacción poderte servir en algo.

Como me decías que se trataba de una operación financiera, me ha pare-

cido oportuno tomar algunas precauciones para evitar cualquier contratiempo. Aunque no soy aficionado a llevar encima armas de fuego, he adquirido una magnífica pistola automática, con la que me podré defender en el caso no probable de un intento de robo en el tren. También he comprado una cartera de piel muy fuerte, con una cerradura magnífica, para poder guardar en ella los valores que me confies. Y no he olvidado encargarme al sastre que me ponga en el chaleco bolsillos interiores.

Consideraré una prueba de amistad que me encomiendes esa gestión, y te advierto que estoy dispuesto a prorrogar mi estancia en París si el asunto lo requiriese.

Pienso salir el miércoles próximo: dentro de tres días. Para que charlemos y me des instrucciones, te espero el martes en el Círculo, a la una. Almorzaremos juntos, si no tienes inconveniente.

Te abraza tu viejo amigo — Mengáñez.

IV

Queridísimo Luisito: No sabes lo que me enorgullece y te agradezco que te tomes tanto interés por mi asunto. Yo no quería molestarte; pero ya que dices que lo consideras como una prueba de amistad, no puedo por menos de confiártelo. Lo único que siento son los gastos que te habrá ocasionado la compra de la pistola y de la cartera. Siempre has sido hombre prudente y prevenido.

Lamento mucho que no podamos almorzar juntos. Vamos a tener que aplazarlo hasta que regreses, pues me veo en la necesidad de hacer un impensado y repentino viaje a Valencia para asuntos profesionales. Salgo dentro de dos horas, y no podré volver antes del viernes o el sábado. Si estuvieras aún en Madrid, excuso decirte el placer que me produciría estrecharte entre mis brazos.

La gestión que deseo de ti no es muy complicada. Consiste simplemente que de mi último viaje a Francia me traje una pequeña cantidad en francos y quisiera convertirla en pesetas. No he querido hacerlo en las Casas de cambio ni en los Bancos, porque ya sabes que, sobre todo en las primeras, lo hacen a un tipo que no es el de la cotización del día. Para evitarme esa pequeña pérdida, te agradecería que lo hicieses tu en París. En el sobre adjunto te lo envío. Cuando vuelvas, ya echaremos cuentas.

Gracias por todo, y un fortísimo abrazo de tu antiguo camarada — Furciáñez.

V

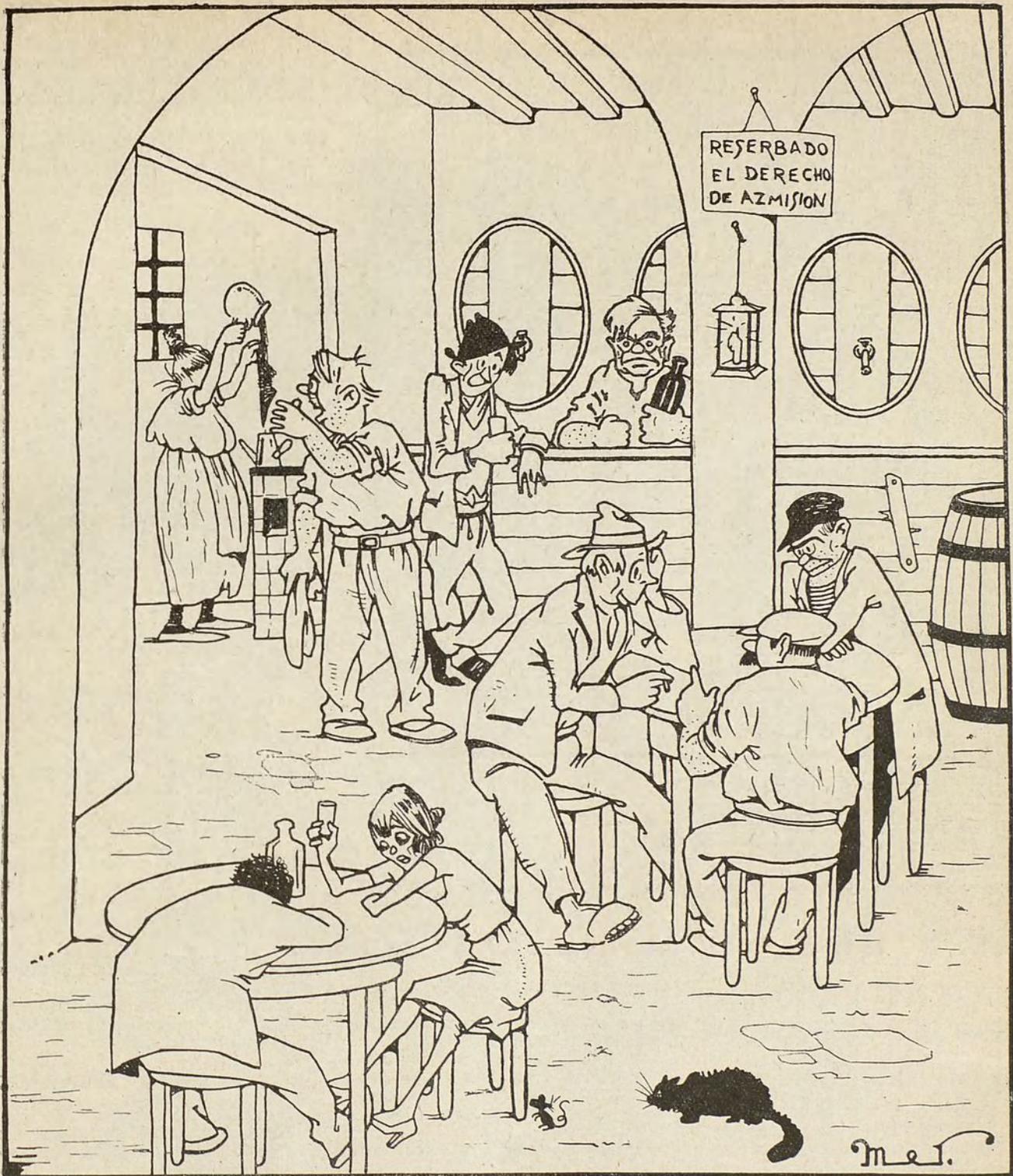
El sobre contenía un mugriento billete de cincuenta céntimos de franco.

ANTONIO GASCÓN



Dib. CISNEROS. — Madrid.

— Las almorranas que padece usted, ¿son internas o externas?
— ¡Son mediopensionistas!



Dib. MEL. — Madrid.

— ¡Agapital! ¡Tres cafés con media
para estos caballeros!



DE LA INFANCIA DE FARAÓN

Dib. B. B. E. — Valladolid.

LA FARAONA. — *¿Qué le pasa a Faraoncito?*
 EL EUNUCO. — *Que le han hecho daño las judías.*

DEL BUEN HUMOR AJENO

CUENTOS JUDÍOS, por
 Jules Moy y Max Viterbo

LA CAPTURA DE ISAKOS LÉVYAS

Isakos Lévyas es soldado.
 Isakos Lévyas combate en Marruecos.
 En la batalla empieza a gritar:

- ¡Capitán!... ¡Capitán!...
- ¿Qué pasa?
- Que he cogido un prisionero.
- ¡Bravo! Tráele.
- No puedo. ¡Me tiene sujeto!

ABRAHAM EN EL SERVICIO

Abraham está en el servicio militar.
 Abraham está muy fastidiado de estar
 en el servicio militar.

Abraham procura trabajar lo menos posible.

Con este motivo, se pone al tanto de las martingalas en uso.

Algunos soldados han inventado, cuando los busca el sargento para hacer algo enojoso, esconderse entre los sacos de patatas que hay en los sótanos del cuartel.

Abraham se decide a hacer como ellos.

Algunos llevan su afán hasta el extremo de sacar las patatas de un saco y meterse dentro.

El sargento llega furioso gritando:

— ¡Aquí me falta gente! A ver, caporal, toma esta tranca y atízale a los sacos de patatas. Es necesario ver si contienen efectivamente patatas.

Abraham, metido en un saco, tiembla como un azogado.

El caporal avanza hacia los sacos, y muy concienzudamente da con la tranca unos formidables golpes en ellos.

El caporal, poco a poco, se acerca a Abraham.

Abraham está lívido.

Al llegar el caporal delante del saco, oye una voz que sale de lo profundo y dice: «¡Patatas! ¡Aquí hay patatas!»

EL SISTEMA DE JACOB

Jacob coloca en los periódicos el anuncio siguiente:

«Enviándome un franco y un sello para la contestación, recibiréis un sistema para ganar, sin conocimientos especiales, un centenar de francos al día, por lo menos. Escribid: Jacobo. Calle del Arzobispo, 3.»

Llegan infinidad de cartas.

Jacob conserva con orden las cartas recibidas, y con el sello adjunto contesta a cada uno de sus clientes:

— ¡Haced como yo!

LA LIMPIEZA DE SCHMOUZE

Schmouze se ha colocado como criado en casa del señor Schokel.

Schmouze es un enemigo personal del agua.

Quizás por eso, Schmouze no se lava frecuentemente.

El señor Schokel lo advierte y le dice sentenciosamente:

— Schmouze, un buen criado debe tener siempre el rostro sonriente, el pie ligero y la mano limpia.

Schmouze se va. Vuelve a los pocos instantes y pregunta, presentando sus manos al señor Schokel:

— ¿Cuál es la que hay que tener limpia?

EL PROCESO DE KLINGELKOPF

Klingelkopf tiene un proceso.

Klingelkopf sale de viaje y entrega el asunto a su abogado.

En su ausencia se falla el pleito y Klingelkopf gana la causa. Entonces su abogado le telegrafía:

«El verdadero derecho ha triunfado.»

Klingelkopf telegrafía en seguida:

«Haga usted la apelación.»

EL CÁLCULO DE TREKPOLACK

Trekpolack tiene piojos.

Trekpolack, naturalmente, está muy fastidiado. Va a ver al farmacéutico y le expone su caso.

— ¡Hombre!... Puede usted probar a extirparlos con una pomada de azufre. ¿Quiere usted que le sirva diez céntimos?

— ¿Cuántos se pueden matar con diez céntimos de pomada de azufre?

— ¡Lo menos veinte mil! — dice el farmacéutico.

Trekpolack saca un lápiz y una hoja de papel de su bolsillo. Trekpolack hace

muchas cuentas, y después de un rato dice:

— Déme usted cuatro francos cincuenta de pomada de azufre.

LA PARTICIÓN DE LA PEQUEÑA KATZELE

Katzele es la hermana mayor de Sarah.

Katzele tiene seis años. Sarah tiene cuatro.

Un día la mamá encarga a Katzele de partir una tarta entre ella y su hermana.

Katzele hace dos partes desigualísimas y le dice a su hermanita:

— Toma, Sarah, toma este lindo pedacito de tarta. Yo me comeré ese grandote tan feo...

A. R. H.

EL MOTIVO

¡Brillante era porque sí aquel día el jueves de la marquesa del Tembleque!

Muchos niños monos, con su eterno ¡ay, que me tronchol en los labios, acudieron para bailar y presumir de elegancia.

— ¿Cómo no habrá venido al té nuestro amigo Carlos? — inquirió alguno.

— Por falta de apetito — se apresuró a decir un guasón.

— No creo que para asistir a esta fiesta se necesite tener apetito — clamó enfadado el primero.

Pero un nuevo contertulio calmó los excitados nervios explicando la ausencia del popular Carlitos.

— No asiste, sencillamente, porque se ha deshecho su boda.

Sensación.

— ¿Que se ha deshecho?... ¡Si parecían amarse de verdad!

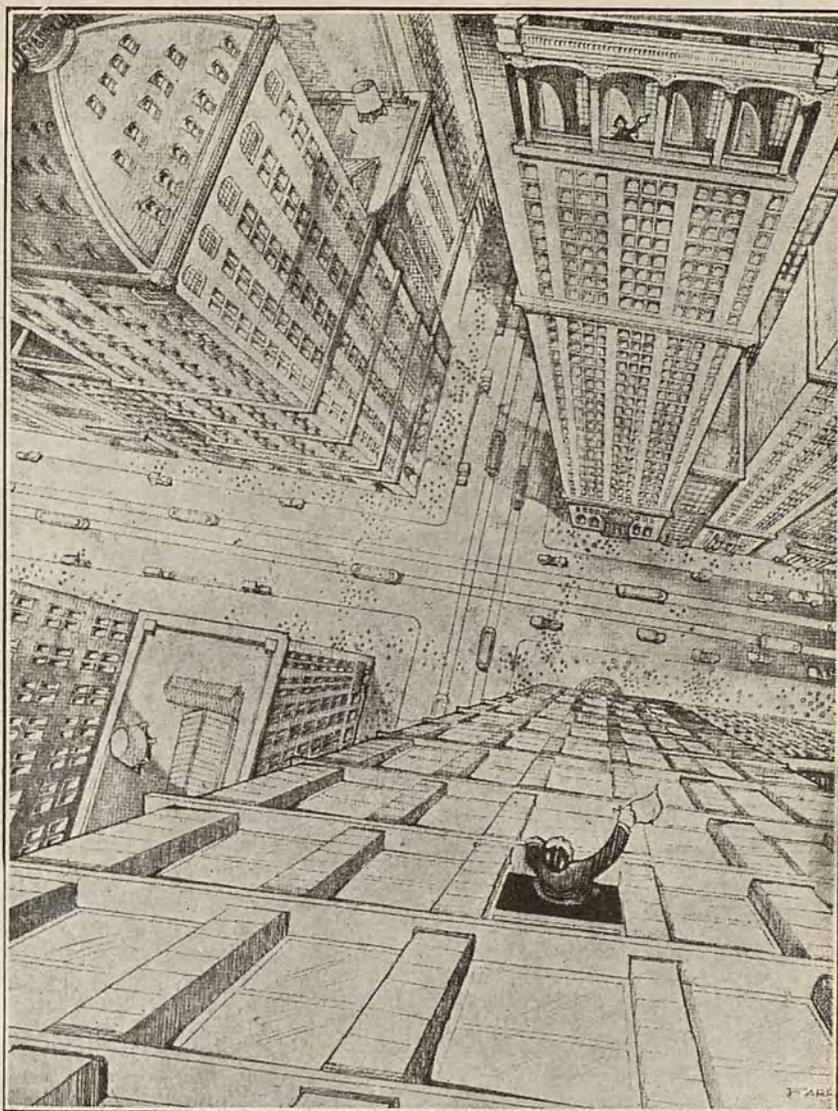
— Claro que sí; pero no por eso deja de existir un motivo poderoso: Carlos ha demostrado ser hombre de poco gusto, y poco complaciente al mismo tiempo. ¡Carlos no ha querido limpiar su boca con los dentífricos Sanolán.



LÓGICA FEMENINA

— Hace dos meses yo estaba locamente enamorada de él; ahora no lo puedo aguantar... ¡Cómo cambian los hombres!...

(De London Opinion, de Londres.)



LOS NOVIOS

(De Life, de Nueva York.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

C. F. Buenos Aires. — El dibujo de las cerillas le hace acreedor a un mordisco hidrófobo. Comenzamos a sospechar que lo único que hace con cabeza es la cerilla.

Pan y Agua. Madrid. — En cuanto deje de poner vello refiriéndose a algo hermoso, y ajita por agita, y tayos por tallos, le haremos caso; hasta que llegue ese momento, nos vemos precisados a llamarle primo. Aquí somos así de trogloditas.

F. R. S. Melilla. — Las brisas marinas deben de haberle estropeado un poco el encéfalo. ¡Ay el día que se exijan responsabilidades navales!...

L. G. Madrid. — ¡Ni con Influencias va usted a conseguir publicar!...

H. R. Málaga. — ¡Vaya, vaya!... Y ¿dónde estaba usted cuando ocurrió la erupción del Etna?

Espirito. Barcelona. — Por menos que por lo que usted ha hecho le han partido a más de uno la base del cráneo.

L. F. G. Valencia. — Pues mire usted, la verdad, aunque se le cayese el Miguelete encima, el arte no perdería absolutamente nada.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
 APARTADO 12.142
 MADRID

P. M. (No hemos podido averiguar su residencia.) — Nos manda una extensa colección de chistes que están bien, ¿sabe usted?; pero que son más longevos que un patriarca. De donde se deduce que, para antigüedades, preferimos a la reina de Saba.

Castañeda. Madrid. — Sus *Impasibles* son una preciosidad. ¡Qué humor, qué facilidad en la verificación, y la intención, qué aguda! El final nos ha dejado maravillados:

«Sencillez en un palacio,
salud en un hospital,
sin borrón un cartapacio,
que yo trabaje despacio,
salga bien o salga mal,
nunca lo dudes, Contreras,
«es pedir al olmo peras.»

Si Zorrilla levantara la tonsurada cabeza y leyese esto, le rendía un homenaje de admiración, o le rendía... a estacazos.

M. M. Madrid. — Admitido.

Ramsés. Valladolid. — ¡Parece mentira que un rey egipcio haga esos dibujos tan detestables con unos pies tan ininteligibles. Esto último no nos extraña, pues tratándose de un distinguido egipcio, nada más natural que haga jeroglíficos.

GUÍA DE MOROSOS

Leonardo Garcia. Daimiel. — Este distinguido caballero, corresponsal de BUEN HUMOR, no paga lo que debe ni a cañonazos, y encima nos dirige una serie de amenazas tan espantosas, que nos han producido un regocijo casi pueril. Estampamos su gracia — ¡ole su gracia! — para castigo de pelmazos en la cuestión del *apoquinen*. Porque los hay que se bañan en el mar Rojo, y a los diez minutos se camina por allí en trineo.

RECTIFICACIÓN

En nuestro número 82, correspondiente al día 24 de junio de 1923, publicamos un dibujo original de D. Leocadio Muro, de Pamplona, al que, por error que lamentamos, pusimos como residente en Valencia, dando con esto lugar a que se le confundiera con nuestro colaborador Sr. Pérez del Muro, de Valencia.

Para satisfacción de ambas partes, que nos escriben naturalmente extrañadas, como para aclaración a nuestros lectores, hacemos gustosos esta rectificación.

— *Déme usted una botella de anís del Monó.*

— *¡Ah, ya comprendo!... ¡Quiere usted que el macho le sirva de reclamo para coger la hembra!...*

M. Conde.

EL MAESTRO DE OBRAS (al pintor).
¿Qué tal va eso?

EL PINTOR (que es manco). — *Pues ya ve usted... Me falta una mano.*

Un Niño Ruso. — Madrid.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— *¿Cuál es el pez que tiene los hijos en la iglesia?*

— *El pulpo, porque tiene pulpitos.*

Tresemes. — El Escorial.

— *Si; mi mujer es inmensamente rica.*

— *¡Pues váyase a vivir con ella!*

— *¡Ah, no, guardia! Mi desesperación no llega hasta ese punto.*

Luis Azcúe. — San Sebastián.

— *¿Qué carrera sigue su hijo?*

— *La de las armas.*

— *¿En alguna Academia militar?*

— *No; en una fábrica de navajas de Albacete.*

Juan Carbajo.

Puente de Vallecas (Madrid).

Escena casera.

LA NIÑERA. — *¿Por qué me despierte usted, señorita?*

LA SEÑORA. — *He observado que desde hace tiempo imitas al niño, y, la verdad, no puedo consentirlo.*

LA NIÑERA. — *Pero ¿en qué le imito yo, señora?*

LA SEÑORA. — *En que me coges tres o cuatro perras diarias.*

Pedro Soria. — Madrid.

— *¿Has visto Quinito qué mujer tan guapa se ha llevado, siendo él tan teo?*

— *¡Si es feo, sí! Pero usa Licor del Polo de Orivel!*

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

25

CENTAVOS

solamente se deberá pagar
en Buenos Aires por

BUEN HUMOR

Agente exclusivo: Manzanera

¡Sería el colmo!...

Un individuo intenta arrojar por el viaducto.

Un guardia le detiene y le dice:

— ¡Desgraciado! ¿Qué va usted a hacer?

— ¡No tengo un céntimo!

— ¡Y no tiene usted parientes?

No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.



— *¿Cuáles son los hombres que van siempre peor vestidos?*

— *Los bomberos, porque llevan siempre las mangas a rastras.*

M. L. P. — Madrid.

Entre amigos.

— *Aquí donde usted le ve, éste ha subido hasta la cima del Vesubio.*

— *¡Hombre!... Pues le costaría a usted mucho, ¿eh?*

— *¡Quia, no, señor! A mí no me costó nada, porque como todo estaba pagado...*

Mario de Isla. — Valladolid.

El premio del número anterior ha correspondido a **Un chistosillo, de Madrid.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

No cabe la menor duda...
Las imitan; pero en vano.
¡Pastillas, las de la Viuda
de Celestino Solano!

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

AFARIADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS SOLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojez, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 132.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



Dib. REINOSO. — Paris.

— He visto en la platea de enfrente a tu amiga Lili; por cierto, me parece que lleva la cintura muy apretada.
— ¡Ah! ¿Sí? ¿Por quién?

Ayuntamiento de Madrid